

*Novel's Sister  
Mentha Day  
Miss Day*

*La canguro*  
DE LOS  
*Parker*

DOLCE  
ITALY

*La canguro*  
DE LOS  
*Parker*

*Norah Carter  
Monika Hoff  
Kate Rossit*

Título: La canguro de los Parker

©Norah Carter, Monika Hoff, Kate Ross

©Dolce Books

Primera edición: junio, 2017

Diseño de portada: munyxDesign

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



Índice

*Capítulo 1*

*Capítulo 2*

*Capítulo 3*

*Capítulo 4*

*Capítulo 5*

*Capítulo 6*

*Capítulo 7*

*Capítulo 8*

*Capítulo 9*

*Capítulo 10*

*Capítulo 11*

*Capítulo 12*

*Capítulo 13*

# Capítulo 1

Faltan solo dos horas para mi cumpleaños, ¡lo sé!, no esperaba comenzar mis veintiún años cuidando a los hijos de los Parker, pero el dinero me viene bien. Hoy asisten a una fiesta y estarán fuera de casa hasta las tantas de la madrugada. Como buena niñera que soy, les dije que no era ningún problema hacer horas nocturnas para cuidar y velar los sueños de sus hijos, que sufren de pesadillas, total, duermo mejor que en mi propia cama... No me puedo quejar de los Parker. Tienen una hermosa casa, muy lujosa para mi gusto. Tengo una habitación asignada para cuando me tengo que quedar a dormir. Es cómoda y práctica, se ha vuelto mi tercera estancia, ya que vivo en la universidad, y en casa de mis padres tengo mi dormitorio original.

—Hola, Elena, ¿qué haces, chochete? —mensaje de Lucy.

Suspiré recostada en el sofá de cuero de la sala de estar de los Parker.

—Nada, mirando el techo y medio ojeando Facebook —respondí.

De respuesta, me envía una carita riéndose a carcajadas, seguido de:

—Más bien dirás, espiando el perfil de Ed, ¿no?

Pongo los ojos en blanco y le respondo:

— ¿Qué haces tú?

— ¡Claro chocho, tú cambia de tema hija!, estoy esperando a Rick, tenemos casa sola para nosotros, hoy mis padres están en una cena de negocios del trabajo de papá.

Me siento rápidamente en el sofá y le doy al botón de marcado rápido.

¡Jajaja!, oigo como se ríe Lucy.

Sonrió y le pregunto: — ¿Lo harás hoy?

— ¿El qué? —responde con aire de inocencia.

Pongo una vez más los ojos en blanco.

— ¡Ah, no sé! ¿Ponerte a tejer los calcetines de tu abuela?

Se ríe con fuerza del otro lado de la línea y dice con malicia: —tejer no, joder ¡síiii!

Me río con ganas y le contesto: ¡dije tejer, no, joder!

Ella suelta una risita y dice: —igual, me voy a “*correr*”, jajaja...

Nos reímos a más no poder. Después de unos minutos, le digo en voz baja:

—Ten cuidado Lucy...

— ¡Que siiiii...! —y finalizó la llamada.

Suspiré viendo la pantalla del móvil, 10:15 p.m. Miré a mi alrededor, esta casa es una belleza. Soy niñera de los hijos de los Parker, desde los diecisiete años de edad, sus peques apenas tenían un año de vida cuando los conocí, son dos hermosos gemelos varones de cinco años. Se mudaron hace seis meses a esta casa, su antiguo hogar era lindo, pero este te quita el aliento, es mucho más grande. Me reí, su casa anterior era grande, más que la de mis padres la cual es de estilo clásico, esta es de estilo toscano y la antigua de los Parker, muy moderna para mi gusto. Aquí solo he estado tres veces y aún no me acostumbro. Movida por la curiosidad, me levanto para recorrer la casa, ya que las veces que me quedo a dormir, siempre lo hago acompañada de los padres, sobre todo de la Señora Karen, que se pasa todo el día ocupada con su trabajo de diseño de interiores. El Señor Parker, “*Jim*”, es uno de los mejores abogados, según dice su esposa, con mucho orgullo. Son gente amable, no son engreídos, lo que sí, son muy ricos, pero no son de aparentar.

Contemplé, la gran sala de estar, había unas puertas grandes que guiaban a la piscina, no tenían cortinas que las cubrieran, ni falta que les hacía, dejaba apreciar la hermosa cascada artificial de la piscina. De noche, con las luces encendidas, parecía un cuento de hadas. Me paré delante de las puertas sin tocarlas, no quería dejar marcas en los vidrios. Suspiré una vez más, me di cuenta que toda la noche lo había estado haciendo. El mensaje que me dejó Ed, hace menos de una semana, me traía malos recuerdos, ya habían pasado casi seis años... no le echaba de menos, fue un completo imbécil conmigo. Me pregunté, ¿cuándo iba a superar lo que me hizo? Mosqueada por ese pensamiento, caminé hacia la sala de juegos. La distribución de las habitaciones era: dos, en la primera planta, (la de los niños y una de invitados) y dos en la planta baja, (la habitación principal y otra más de invitados).

Entré en la sala de juego, la cual tenía una mesa redonda como la de los casinos de póker supuse, un cómodo sofá de tres plazas, de color marrón con un contraste rosado claro, cuatro cojines con tonos a juego con el sofá y el resto de la sala. Sinceramente, no sabía nada de diseño. Seguí mirando. Había dos butacas, un mueble y una mesa de madera, con algunos adornos tallados encima. Apagué las luces y continué mi recorrido. Fui a parar a la sala de TV, era mucho más pequeña que la de juegos. Había una televisión de pantalla plana encastrada en la pared, un sofá de cuero negro en forma de media luna. Entre el sofá, y un carrito de licores, descansaba una mesa redonda con revistas. A cada lado del carrito, había dos butacas algo incómodas a simple vista. Presidía la sala, una chimenea, está, más pequeña que la de la sala de estar. Un bonito reloj de pared, una hermosa lámpara de techo circular y otras dos de pared y ventanas con cortinas verdes, no había más que ver. Miré la pantalla considerando ver una película, pero aquella salita con el sofá dándole la espalda a la puerta, me generaba incomodidad. Pasé por el estudio, pero no entré, ya sabía cómo era, lo vi un día cuando el Señor Parker me llamó para pagarme mis servicios como niñera, se me hacía raro entrar, el Señor Parker, “*Jim*” lo usaba mucho, sentía que era como entrar sin permiso en su dormitorio. Lo que me quedaba por ver del piso inferior era la cocina y el comedor, el cual tiene una pared divisoria con tres ventanas sin vidrios, donde hay jarrones grandes en cada una, “*molaba mucho*”. Del otro lado de esa pared, se encontraba la sala para desayunar, el resto era la habitación principal de los Parker y mi habitación de invitados.

Decidí ir a la cocina. De pronto, un ruido de algo rompiéndose me sobresaltó. Me quedé quieta en el pasillo, fuera del estudio. Notaba mi corazón a mil, respiré profundo presa del pánico, y recordé que los niños a veces se levantaban por alguna pesadilla, pero el hecho de estar husmeando por las salas de recreación y que me pillaran los señores Parker (Si es que regresaron más temprano de lo acordado), me hacía morir de vergüenza. Aunque la señora Parker, me dijo que me sintiera como en mi casa, que usara las salas a mi antojo, era obvio que se refería a la sala de estar, la sala de TV, la cocina, y mi habitación temporal. Apresuré el paso y oí vidrios siendo arrastrados. Ahogué un grito al ver una figura alta, un hombre sin duda, estaba barriendo lo que sea que se le había caído. Para mi suerte no se había percatado de mi presencia, pues estaba de espaldas. Miré a mi alrededor y lo primero que logré tener a mano, fue una piedra mediana, bueno, realmente era una estatuilla tallada en piedra porque tenía, ojos y boca. Me acerqué despacio, sin hacer ruido hacia su espalda con la piedra/estatuilla en la mano, le pregunté casi gritándole, ¿quién eres? ¡Lo sé!, es lo más estúpido que he hecho en mi vida, en las pelis no preguntan, golpean primero y luego preguntan. El hombre dio un brinco y seguidamente, soltó un taco.

— ¡Joder!, ¿pero qué cojones...? —se volvió y me miró sobresaltado.

Mis ojos se abrieron y mi mandíbula casi se desencaja cuando lo vi de frente. Sí, sin duda es un hombre, ¡y qué hombre...! ¡Joder! No creo que pase de los veinticuatro años. Es impresionante. Ojos marrones, para perderte en ellos, nariz recta, boca con unos labios carnosos, que seguro harían maravillas... Tenía el cabello largo, por lo que pude apreciar cuando estaba de espalda, de color marrón oscuro que se le rizaba un poco a los lados y en el medio.

— ¡Joder!, me acabas de matar del susto.

— ¿Yo?, ¿pero qué dices?, tú eres el que entras y rompes, lo que sea que hayas roto —dije moviendo las manos en el aire con reproche.

Su expresión cambió, se tornó suave y burlona, para mi sorpresa y timidez repentina. Me observó sin disimulo de arriba abajo y sin dejar de sonreírme, mientras su mirada me recorría completamente, todo mi cuerpo se estremeció.

—Tú, debes de ser la niñera, discúlpame si te asusté o te di una mala impresión — ¿Mala impresión? Si casi me corro cuando me ha repasado de arriba a abajo...

—Soy Hal, el hijo de Karen —dijo con expresión neutra, pero en su voz noté recelo.

—Yo soy Elena, y bueno, efectivamente soy la niñera —dije tratando de sonreír, con un molesto brote de timidez. ¡Y cómo no! Él, lo notó.

Para no caer en un silencio incómodo, le dije que obviamente, sus padres no estaban... bueno, su madre y su padrastro, ya que no era un secreto que Hal, no era hijo del Señor Parker. La Señora Parker, mencionaba con cariño a su hijo. Recuerdo una vez, una semana exacta después de mis diecinueve cumpleaños, la Señora Parker, estaba muy sentimental hablando de su hijo. “*Está casi terminando la universidad*” la oí decir, pero lo dijo con un aire de tristeza, que no entendí.

—Tu madre y el Señor Parker, regresarán sobre las cinco de la mañana.

No sabía cómo referirme al Señor “*Jim*”.

Hal, sonrió sin ganas.

—Lo sé — dijo.

Luego terminó de barrer los pocos cristales que quedaron esparcidos por el suelo, logré ver que era un vaso de cristal. Sin saber que más decir, él rompió el silencio que se estaba formando.

—Descuida, no te quitaré tiempo, solo vine a... —se quedó pensando con expresión dura por unos segundos, mirando hacia mi dirección, pero perdido en sus pensamientos, luego su expresión relajada regresó y me miró a los ojos, continuó hablando —, buscar unas cosas y me voy —finalizó sin sonreír.

— Descuida, es decir, esta es tú casa no tienes que explicarme nada, solo supuse que no sabías que ellos...

Miré hacia el montoncito de cristales rotos apilados en el recogedor de basura. Me sentí como una idiota, era obvio que él estaría al tanto de lo que hacen o no hacen su madre y el Señor Jim. Sentía como el calor se concentraba en mis mejillas e hice una nota mental, descubrir más tarde que “*coño*” me estaba pasando, jamás me mostré insegura con ningún chico, bueno mentira, solo cuando tuve mi primera vez con Ed...

— ¡Esta, no es mi casa!

Su tono de voz, me hizo subir la mirada, al encontrarme con sus ojos marrones que se tornaron más oscuros y ver su expresión, supe que estaba molesto.

—Es la casa de mi madre, yo nunca he vivido aquí —dijo moderando el tono, pero aun así se le escuchaba irritado.

—Bueno, de ambos —finalizó volviéndose, dándome la espalda con el recogedor en mano.

Como no sabía que más decir, me volví y me fui de la cocina. Sin pensar, mis pies me llevaron a mi habitación, no

quería subir a ver a los peques, la ventaja de que tengan cinco años, es que no es necesario ir a verlos a cada rato como cuando tenían un añito de vida. Sin embargo, sufren de pesadillas desde hace ocho meses y aunque sus padres me dijeron que solo fuera a verlos cuando griten o me vengán a buscar, yo, los supervisaba al menos una vez cada rato, hasta que me fuese a dormir.

Cuando fui a encender la luz de la habitación de invitados de abajo, sentí una mano en mi hombro y esta vez solté un grito.

— ¡Joder...! Tranquila, soy yo.

—Pero, ¿estás loco o qué?  
Solté aún con el corazón en la boca.

Hal Se rio con ganas.

—Lo siento de verdad, desde que llegué solo te he asustado —dijo sonriéndome con un brillo en los ojos. No sé si eran ideas mías o las luces que se reflejaban en sus ojos, pero su color marrón claro, parecía cambiar con su humor.

No pude contestarle nada, ya que no solo sus ojos captaron mi atención, también esos dos hoyuelos en cada lado que se le formaban al sonreír ampliamente, sin duda es demasiado guapo para su propio bien. Y mis mejillas una vez más, me traicionaron volviéndose fuego.

Me miró divertido.

— Eres muy asustadiza, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Yo creo que sí —insistió.

— ¡Pues no! —dije encendiendo la luz del techo de la habitación y entrando en ella.

Entró detrás de mí. Y bueno, ¿él no tenía que ir a recoger sus cosas? Suspiré con ese pensamiento y me volví para mirarlo, seguía con esa expresión como de burla y algo más. ¡Ya, vale!, no podía más con este tío, me estaba tocando las narices.

— ¿Qué te causa tanta gracia? —Pregunté cruzándome de brazos y mirándolo con cara de pocos amigos.

—Nada, eres, adorable —dijo mordiéndose el labio inferior.

Lo miré atónita y me descrucé de brazos, luego me pellizqué el puente de la nariz.

—Mira, no sé qué decir, cosa rara en mí, que no diga nada.

—Así que, te dejé sin palabras, ¡qué interesante...! —dijo paseándose por la habitación, con aire arrogante y divertido al mismo tiempo.

Cosa que me hizo sentir mucho más calor, solo que ahora no se alojaba en mis mejillas... Comenzaba hacer calor en esta habitación.

—Voy a ver a tus hermanos —dije tratando de finalizar la conversación, logré decírselo mirándolo a los ojos, no quería seguir echando más leña al fuego...

Su expresión ahora era de horror, estoy segura que la vi por unos segundos antes de que se volviera rápidamente hacia la ventana.

— ¿Estás bien? —Le pregunté sin pararme a pensar, que le hizo poner esa cara de miedo.

No tardó más que dos segundos y se dio la vuelta con expresión neutra.

—Sí, ya me tengo que ir — pasó por mi lado hacia la puerta.

Suspiré, por... ya ni sé cuántos suspiros he dejado escapar, ¡vaya noche!, que tío tan misterioso. Por un segundo se me cruzó por la cabeza que, a lo mejor, no era el hijo de la Señora Karen, pero en varias zonas de la casa, hay fotos de un niño pequeño con esos mismos ojos marrones que me miraron llenos de horror, hacía un momento. No son difíciles de reconocer, claro que en el momento que lo sorprendí en la cocina, estaba de espaldas a mí.

Salí de la habitación, para buscar como ocupar mi mente, caminé hacia la sala de estar y me dirigí al sofá para sacar de mi bolso, una cámara digital. Desde que conocí esta casa, me apetecía mucho tomar fotos de la cascada y más de noche.

Con cámara en mano y móvil en el bolsillo trasero de mis jeans, ya que mi atuendo del día de hoy consistía en unos vaqueros azul claro, algo gastados con rotos en ambas rodillas y ajustados a la cadera. Una blusa de manga larga en color gris sin cuello, casi que parecía más un sencillo suéter solo que esta, se amoldaba a mi pecho y a mi pequeña cintura. Bueno no soy una tía de pechos enormes, me gusta pensar que caben en mi mano. Bueno..., no entran en mis manos, son más bien medianas, ni grandes, ni pequeñas, son perfectas. Total..., mientras me gusten a mí, está bien.

Al abrir las puertas, sentí el aire fresco que me dio en la cara. Una leve brisa con ese deje de calor que indicaba que estábamos en verano. Mis ojos recorrieron maravillada el lugar, la paz que sentí comenzó a despejar mi cabeza, inhalé y exhalé profundamente. La piscina se veía tan apetecible... Lamentablemente, no sé nadar y estoy en horas de trabajo. No creo que los señores Parker, aunque me tengan confianza, me inviten alguna vez a nadar.

Me acerqué al borde de la piscina. Había dos hamacas que se veían muy cómodas para tumbarse y echarse una siestecita. En ese momento mirando el agua de un azul tan oscuro como el cielo, me pregunté cómo de profunda estaba. Me agaché y metí una mano en el agua, estaba cálida. Me sorprendí, pensé que estaría fría. Miré alrededor de los bordes, buscando algo que me indicara que la piscina era templada, nunca supe cómo funcionaba eso, a lo mejor solo estaba cálida, por estar expuesta al sol todo el día. Cuando me fui a levantar, repentinamente se me resbaló de la muñeca mi pulsera favorita, llevaba tiempo que el seguro se abría fácilmente, con un quejido me puse de rodillas e hice todo lo posible con las manos para que no siguiera hundiéndose, pero era inevitable, la pulsera pesaba ya que estaba hecha de plata.

— ¡No, no, no! —dije frustrada, al perder de vista la pulsera. Me levanté y caminé en busca del lugar donde guardaban los Parker las cosas para la limpieza de la piscina, si tenía suerte, conseguiría una red limpia piscinas, y así, intentaría pescarla.

— ¡Aja!, ¡bingo! — Vi una puerta metálica, camuflada con el mismo color de la pared. Recé para que no estuviera cerrada con llave, por suerte estaba abierta.

Usando la linterna de mi móvil, di con el interruptor de la luz casi de inmediato y me sorprendió un poco, ver aquel armario de la limpieza. No necesité buscar mucho ya que prácticamente tenía frente de mí, la herramienta que necesitaba, la tomé y di un grito, cuando una araña me subió por la mano derecha, sacudí el brazo violentamente. Cogí la red que se me había caído al suelo del susto, y sin detenerme a cerrar la puerta, corrí de vuelta a la piscina. Cuanto antes recuperara mi pulsera mejor. Seguía imaginándome siendo pillada por los Parker, en una situación comprometida, al tomarme la confianza de abrir puertas y coger cosas de su propiedad, sin consentimiento alguno.

# Capítulo 2

Me subí las mangas de la camisa hasta los codos, sujeté la red por el palo con ambas manos y comencé mi búsqueda. Al principio de pie, luego, de rodillas. Después diez minutos intentándolo, no conseguía recuperar la “*puñetera*” pulsera, pero no podía dejarla ahí. No sabía qué efecto produciría el cloro en la plata, y esa pulsera, tenía demasiado valor sentimental para mí. Ya, agobiada, me acosté boca abajo, sobre mi estómago en el suelo. Se notaba mucho más duro que estando de rodillas. Pasé mi mano distraídamente por él, se sentía bien, ya que era un suelo especial para poder andar descalzo, sin temor de resbalar y caer al agua, pero duro de “*cojones*”. Metí mis brazos junto con la red, sentía el agua muy cerca de los codos, creí ver un reflejo en el fondo, esperanzada de que fuese mi pulsera, comencé a retirar la red, pero se quedó enganchada en algo, tiré de ella con fuerza sin levantarme, no me di cuenta que me estaba acercando demasiado al agua. Preocupada por no dañar la red, seguí tirando cuando noté que tenía casi medio cuerpo dentro de la piscina, mojándome la camisa. En un último intento de desespero, di un tirón más y para mi horror, me impulsé bruscamente dentro del agua con red incluida.

Presa del pánico, me iba hacia abajo, gracias a las luces de dentro de la piscina, logré ver el fondo. Más miedo sentí, cuando vi lo lejos que estaba. Mi pregunta se había respondido, la piscina era, “*jodidamente*” profunda. Comencé a mover piernas y brazos para salir a flote, lo logré un segundo y me volví a hundir, no sabía qué hacer, no podía gritar, lo intenté y tragué agua. Me iba a ahogar y nadie me podría ayudar. Los niños dormían y tampoco sabían nadar, los vecinos estaban muy lejos.

De pronto, me acordé. ¡Hal! ¡Dios, por favor, que no se haya ido! Cansada y asustada, traté una vez más de subir, lo logré y grité con todas mis fuerzas:

— ¡HAL! ¡HAL! —

No podías más y me hundí. Todo se tornó borroso. No sé cuánto tiempo pasó, pero sentí mi cuerpo más ligero que nunca, sin embargo, toqué fondo. No veía nada cuando sentí que algo tiraba de mi cintura. Noté que el agua, ya no me cubría la boca y la nariz, traté de tomar aire, pero tosí muy fuertemente y escuché:

— ¡Elena, tranquila, eso es, echa toda el agua! —La voz sonaba nerviosa. ¡Hal, era Hal!, estaba tratando de tranquilizarme, sin perder los nervios. Me golpeaba en la espalda, para ayudarme a sacar toda el agua que tragué.

Estaba tendida de costado en el borde de la piscina, << ahora era más doloroso sentir el suelo en esta posición>>. Abrí los ojos, aún veía algo borroso, y sin más, rompí a llorar con ganas.

— ¡Shhh! Nena, ya estás a salvo —

Hal, me tomó por la cintura haciendo que me sentara, acto seguido me envolvió entre sus piernas y me pegó a su pecho.

Mi llanto se volvió un leve sollozo. Mi cara estaba tapada por mi cabello, lo llevaba suelto, nunca ha sido liso del todo, siempre se me forman rizos naturales, ahora los tenía revueltos en mi frente, boca y nariz, teniendo la cara pegada al pecho de Hal, logré notar una leve fragancia. Traté de inspirar un poco más de esa rica fragancia y volví a toser. La

garganta me ardía.

—Ven, vamos, voy a levantarte, hay que quitarte esa ropa mojada —en modo automático me dejé llevar. Hal me levantó con mucha facilidad, a pesar que soy una chica que mide un metro sesenta centímetros y pesa sesenta y dos kilos. Me temblaba él cuerpo, cuando traté de dar un paso, mis piernas se doblaron. Hal, seguía sujetándome por la cintura, al notar que mis piernas no me obedecían, me pasó las manos por debajo de ellas, me alzó en sus brazos, a la vez, que me sujetaba de su cuello.

—Lo siento —dije con un hilo de voz.

Él, me miró con el ceño fruncido.

—No te disculpes, Elena —caminó conmigo en brazos hacia la sala de estar.

Horrorizada le dije:

— ¡No!, ¡espera, vamos a mojarlo todo! —Puso los ojos en blanco sin decir nada, y me llevó a mi habitación.

Se detuvo en la entrada, mirando la cama y buscando algo más, pero esta habitación solo tenía una butaca, que supuse que él notó también lo incómoda que se veía.

— Después se cambian las sábanas, eso es lo de menos —dijo, acto seguido me colocó con delicadeza encima, antes de retirarse, me miró a los ojos con preocupación. Se dio la vuelta y me dijo en voz baja:

—Me voy para que puedas cambiarte, si me necesitas, grita —y salió cerrando la puerta sin mirar atrás.

Me quedé unos segundos con el corazón acelerado, su mirada era más que de preocupación, era de tristeza, se veía, como perdido en algo, sentí que no me miró a mí realmente.

Me levanté para ir al baño, cuando me miré en el espejo que estaba encima del lavado, hice una mueca de disgusto. Tenía la nariz roja, los ojos hinchados de llorar, al apartarme el cabello me vi la nariz hinchada y roja. Al menos, con el cabello tapándome casi toda la cara, no se me veía en ese momento. Pasado unos segundos, mi cara adoptó una expresión de susto, al acordarme de la sensación del agua entrándome por la boca y la nariz, privándome de aire. Me estremecí, cogí un par de pañuelos desechables me soné la nariz, me miré en el espejo una vez más y me eché agua tibia en la cara. Recordé la mirada de Hal, se me escapó una lágrima, al pensar que, si no me hubiese oído llamarlo, estaría... No pude terminar el pensamiento, escuché que tocaron a la puerta, seguido de su voz.

—Elena, ¿puedo pasar?

Me sequé la cara con una toalla, me eché un vistazo rápido en el espejo y salí del cuarto de baño.

— ¿Te encuentras mejor?

Asentí con la cabeza y caminé hacia él, que estaba parado en el umbral de la puerta.

Lo miré de arriba abajo, sin disimulo. Se había cambiado de ropa, vestía todo de negro, me detuve a pensar, si traía consigo ropa, o en la casa tenía alguna muda.

—Debes cambiarte, te puedes enfermar — dijo sacándome de mis pensamientos. Me miraba con expresión cansada, sus ojos estaban tan oscuros, el color claro, había desaparecido dándole paso a un marrón oscuro, sin brillo.

Lo miré fijamente, y las lágrimas volvieron a aparecer. No sabía por qué estaba llorando, es decir..., sí lo sabía. Aún estaba en shock, por el mal rato de la piscina, pero siempre he sido una chica fuerte que odiaba que la vieran llorar. No podía retener las lágrimas que caían una tras otra, como hilos de agua.

Sus brazos me envolvieron en cuestión de segundos, casi ni noté lo rápido que se había acercado a mí, ya que las lágrimas me nublaron la vista. Lo abracé rodeando su cuerpo con mis brazos, y una vez más, enterré mi cara en su pecho. Los segundos se volvieron minutos, hasta que, por fin, logré serenarme. Él, no decía nada, solo me abrazaba, dándome su calor, ¡umm!, me sentía bien. De pronto, caí en la cuenta de que lo estaba mojando con mi llanto, quité los brazos y me separé rápidamente, noté como su cuerpo se tensó por mi repentino movimiento.

—Lo siento..., no quiero mojar te —bajé la mirada al piso.

Me levantó la barbilla con un dedo para que lo mirara. Hal, era bastante alto, calculé que medía casi un metro noventa.

— ¿Te has dado cuenta, de las veces que te has disculpado? —dijo sonriéndome, pero su sonrisa no le llegó a los ojos,

tenía que preguntarle, por qué.

—Sí..., supongo. Hal, ¿estás bien?

Mi pregunta lo tomó por sorpresa, pero esta vez hizo lo mismo que cuando lo conocí, puso una expresión neutra, sin embargo, no se le daba bien ocultar las emociones, pues estaban ahí, aunque durasen poco. Asintió con la cabeza, y suspiré.

—Gracias por evitar que me ahogara, lloraba por eso, si no hubieses aparecido yo... — la voz me tembló, y me mordí el labio inferior para no volver a llorar.

— ¡Por Dios Elena!, ni lo menciones, estaba en uno de los garajes buscando... mis cosas, cuando escuché tu voz llamándome, y supe, que algo no andaba bien.

Hizo una pausa, su semblante hablaba por él. Aunque tratara de controlar sus expresiones, esos ojos, eran los que mostraban su estado de ánimo, su color cambiaba con las emociones.

—La casa tiene tres garajes, yo estaba en el que queda al lado de la piscina, es el de las visitas, si no hubiese estado en ese... —su mirada una vez más se perdió, sus ojos estaban encima de mí, pero no me miraban, me estremecí de repente, sabía a lo que se refería.

—Lo siento Elena, no quise decir eso —dijo apoyando sus manos en mis hombros —. Ahora estás bien, y es lo que importa, no pensemos en eso.

Bajó las manos y se las metió en los bolsillos. Ahora lo sentí, tan frío como mi ropa mojada.

—Sí —logré decir y me alejé de él.

—Gracias —le dije una vez más, sin mirarlo, me di la vuelta y me encerré en el baño.

Quince minutos más tarde, y una ducha caliente, salí en toalla al dormitorio para vestirme.

Me puse un pantalón de pijama negro con estrellas doradas, una camiseta sin mangas de color gris. A pesar de ser verano, no podía dejar de temblar, así que me puse un suéter con capucha del mismo color de la camiseta, calcetines tobilleros y unas zapatillas, de color azul claro. Me cepillé el cabello, y como no quería secármelo, me puse una diadema para que el cabello no me cayera en la frente.

Recogí mi ropa mojada del baño, y recordé que había guardado mi móvil en el bolsillo trasero de mis jeans.

— ¡No, no, no! —dije. Mi teléfono había muerto.

Suspiré, cansada del día. Dejé el teléfono en la mesita de noche y salí con la ropa mojada en la mano.

Al llegar a la sala de estar, recordé que no tenía la menor idea de donde estaba la lavadora de la casa, miré las puertas que daban hacia la piscina, y me estremecí al recordar todo el incidente, así que regresé a mi habitación, y colgué la ropa en la ducha.

Me dirigí a la sala de estar, sin mirar hacia la piscina.

Maldije en voz baja, la cámara y mi pulsera, seguían afuera. La cámara la había dejado en una mesa con sombrilla, y la pulsera, aún estaba en el fondo de la piscina. Cabreada por mi mala suerte, me llevé las manos a la cara. Escuché que alguien se aclaró la garganta, seguí el sonido, Hal estaba parado en uno de los desniveles de la sala, mirándome.

— ¿Todo en orden? —me preguntó, estudiándome.

Negué con la cabeza, para que iba a mentirle, estaba cansada, miré hacia un reloj con forma de búho, encima de la chimenea, ya eran las 12:30 de la madrugada.

—Feliz cumpleaños —susurré, mirando al reloj.

— ¡Qué! — Soltó Hal, caminando hacia mí.

Lo miré avergonzada.

—No pensé que me... —me interrumpió.

—Sí, supongo que lo dijiste distraídamente —dijo encogiéndose de hombros — ¿Es tu cumpleaños, o de alguien más?

—Preguntó cautelosamente.

La pregunta me llamó la atención.

—Es el mío...

Me regaló una sonrisa cálida — ¿Qué te preocupa?, cuando te vi entrar a la sala, venía de la cocina, vi que estabas buscando algo, o eso creo —

Asentí con la cabeza.

—Dejé afuera, en el área de la piscina mi cámara, y... en el fondo de la piscina mi pulsera favorita —

Antes de que pudiera decirle, que mañana me las apañaría para recuperarla con ayuda de los señores Parker o con la ayuda, de, tal vez el chico que limpia la piscina, Hal, ya estaba caminando hacia afuera.

Lo seguí sin cruzar las puertas que estaban abiertas de par en par, me abracé la cintura, mirando la piscina tan de cerca. Hal, se volvió y me sonrió.

—Recuperaré tu pulsera, feliz cumpleaños —se dio la vuelta y se sacó por la cabeza la camisa de manga corta que llevaba, mi boca se abrió de golpe, gracias a Dios, estaba dándome la espalda, la cerré rápidamente, se agachó y se desató y se sacó las Converse, dejándolas a un lado. Para mi sorpresa, se dio la vuelta, me sonrió y se llevó una mano al botón de sus jeans ajustados, se bajó la cremallera, sin quitarme sus ojos de encima. Luego, se bajó el pantalón, apartando unos segundos sus ojos de los míos, al terminar de bajárselos, se quedó en un bóxer ajustados del mismo color que el resto de su atuendo, negros. Tragué saliva, su cuerpo estaba definido, podía ver como se le marcaban, los famosos cuadraditos de los que hablaban las chicas. Estaban muy marcados, eran perfectos, su paquete estaba en estado normal, pero ¡Joder!, no quiero pensar cuando esté erecto...

Me había tomado por sorpresa, no esperaba eso de él, y recé una vez más para que no se diera cuenta de mis reacciones a causa de su espectáculo. Sonriéndome ampliamente, noté el brillo, que tanto me gustó desde el principio de conocerlo, pero juraría que era fuego en vez de un simple brillo, en sus ojos en esta ocasión. Se dio la vuelta y saltó al agua, retuve el aliento, a los pocos segundos, salió a la superficie y con mucha gracia y estilo apoyó sus fuertes brazos al borde, se ayudó de ellos, sentándose en el borde de la piscina. El agua le caía por la frente. Hal, llevaba el cabello largo, hasta la nuca, lo tenía lacio, pero se le ondulaba un poco a los lados, su color era marrón oscuro, cuando lo tenía seco, pero ahora mojado se le veía negro. Se levantó, y caminó hacia mí, sin dejar de sonreírme.

—Aquí tienes —dijo extendiendo la mano con mi pulsera en su palma derecha.

# Capítulo 3

Tomé la pulsera de su mano y sentí un cosquilleo en todo mi cuerpo, no lo había tocado, pero su calor emanaba en mis dedos, él debió notarlo también y se alejó para recoger su ropa.

—Espera, déjame ir por una toalla —le dije mirando como agarraba su ropa de una de las sillas.

Me hizo un gesto con la cabeza de que estaba de acuerdo.

Regresé con la toalla, pero no lo vi, su ropa seguía en el mismo sitio. Fruncí el ceño, y miré a mi alrededor, luego dirigí mi vista hacia la piscina y lo vi en el fondo, lo primero que hice fue gritar, soltar la toalla y correr hacia la piscina, me tumbé de rodillas rápidamente exaltada, cosa que me costó un golpe en mi rodilla derecha, comenzaba a arderme, no le di importancia y metí las manos en el agua, como si con eso pudiese alcanzarlo. Hal, salió a la superficie a los segundos, tomó una bocanada de aire y se pasó la mano por el cabello que caía sobre sus ojos obstaculizando su visión.

— ¡Elena!

Me miró con los ojos como platos.

—Juraría que te escuché gritar, y por tu cara de horror, lo hiciste, ¿no?

— Sí —dije a la defensiva, sentía mi corazón latir a mil por hora.

— ¿Por qué? —su pregunta era de curiosidad, no estaba alterado, ni molesto, ni frío, solo era curiosidad. Nadó y se agarró del borde, donde yo estaba arrodillada mirándolo, sus manos estaban muy cerca de las mías.

Me levanté bruscamente y solté un quejido, al separar la rodilla del suelo. Hal, salió más rápido que antes de la piscina, yo estaba tan molesta que me di la vuelta, casi corriendo hacia el interior de la casa.

Lo que pasó a continuación no me lo esperaba ni en mil años. Aun así, lo observé todo a cámara lenta. Sabía que al ser más alto que yo, era mucho más rápido, por eso llegó a mí en un instante y me giró hacia él, el resto, creo que con palabras no se puede explicar. Me miró intensamente, sin parpadear. Sus ojos marrones claros, llenos de vida, de fuego y de pasión, me gritaban, aunque no había sonido alguno. Fue fugaz, pero al mirarme a la boca, me dio un tirón por el codo y sus brazos se aferraron a mi espalda, pensé que solo quería abrazarme, pero otro movimiento de su parte me dijo lo contrario. Sus manos viajaron a mi cintura, sujetándome firme. Por acto reflejo, cerré mis ojos y sentí su aliento en mi boca, su cuerpo estaba muy tenso, su respiración agitada, y luego sucedió, me besó. Labios suaves, cálidos, tiernos. Abrí mi boca por instinto, su lengua me acarició el labio inferior y en respuesta la mía, buscó la de él. Mi cuerpo se amoldó al suyo, sentía calor en todo mi ser, como una fiebre. Ladeé la cabeza al otro lado, y pasé mis brazos por su cuello, mis dedos se enredaron en su cabello mojado y tiré de ellos, sentí como su cuerpo se estremeció. Y una voz, que en ese momento se oía lejana, rompió el hechizo. Hal, me apartó de él, no fue brusco, pero sentí como si nos separaban metros de distancia. Sus ojos habían perdido cualquier emoción, el calor que sentí durante el beso, se esfumó y suprimí un escalofrío. Hal, parecía un zombi, hermoso, pero sin vida, tuve que desviar la mirada hacia la piscina. Él, sin decirme nada dio la vuelta, cogió su ropa, pero no entró a la sala de estar, se fue por uno de los laterales de la casa,

supuse que al garaje.

—Elena —escuché una vocecita, era uno de los peques llamándome desde alguna parte cerca de la sala de estar.

Me apresuré a entrar a la casa.

—Voy, aquí estoy, peque —

Una cabecita rubia se asomó a la sala de estar. Sonreí, Gabriel estaba con carita de sueño mirándome, se frotaba la cara con sus pequeñas manitas.

Caminé hasta él, y me agaché a su altura, le sobé el brazo.

— ¿Qué pasa peque, no puedes dormir? —La única manera de diferenciar a Gabriel de Adán, era porque Gabriel tenía un pequeño lunar en la mejilla derecha y Adán, no.

—Tengo sed, Adán se tomó mi agua —dijo arrugando la frente, poniendo cara de seriedad.

Estaba para comérselo de lo adorable que era.

Me mordí el labio inferior para no reírme.

— ¿Estás molesto con Adán? —le dije ofreciéndole mis brazos para cargarlo.

Me sonrió y negó con la cabeza.

Lo alcé por el torso con cuidado, y enroscó sus piernecitas en mi cintura, lo sujeté por la espalda, cruzando mis manos, para soportar su peso, y le di un beso en la frente.

El peque me sonrió y me abrazó.

Minutos después lo dejé de vuelta en su habitación, con su vaso con agua.

Bajé las escaleras, me dirigí a la sala de estar para cerrar las puertas, pero ya estaban cerradas, miré el reloj, eran las dos de la mañana, me llevé una mano a la boca para tapar un bostezo, pensé prepararme un rico café. Bajé la intensidad de las luces de la sala de estar.

Puse una cafetera, y apoyé la cadera izquierda en la isla de la cocina, comencé a recrear el beso de Hal, aunque no deseaba compararlo con Ed, me di cuenta que Ed, nunca había logrado hacerme sentir tan...viva. Inconscientemente me llevé mis dedos al labio inferior, solo veía el fuego intenso de Hal, en su mirada. Como mi cuerpo reaccionaba al suyo.

Regresé a la realidad y apagué la cafetera. Abrí el mueble alto donde estaban las tazas, que, para mi mala suerte, estaban al fondo del último estante. Cogí una silla, pero aun subiéndome en ella, no alcanzaba a las tazas.

Dejé la silla en su lugar, este cumpleaños era un chiste. Casi me ahogo y ahora, que solo quiero un “*puto*” café, no puedo coger una “*puta*” taza. Los vasos, están al alcance de la mano, pero, me quemaría ya que no sirven para líquidos calientes. No me rendiría tan fácilmente, tenía que quitarme la mala racha de encima, además no todos los días se cumplen, veintiún años. Las asas de las tazas estaban hacia fuera, así que podía con ayuda de algún utensilio de cocina, jalarlas hacia mí, o buscar una escalera, pero esa opción suponía una vez más, abrir puertas, no, no, descarte esa solución.

Agarré unas tenazas de cocina, con mi mano izquierda apoyada en la encimera, y la derecha sujetando las tenazas estiré mi cuerpo lo máximo que pude y logré cerrar las tenazas en un asa, comencé a tirar lentamente de ella. De pronto, escuché una carcajada que hizo que pegara un brinco haciendo que soltara las tenazas, cerré los ojos esperando escuchar el estruendo de la taza cayéndose, pero no sucedió nada, me quedé con ambas manos apoyada en la encimera.

—Una vez más, te asusté —escuché a Hal, con tono burlón, detrás de mí. No me podía girar para mirarlo, pero podía sentir su calor detrás de mi espalda, su olor, su aliento en mi cuello, ya que me había sujetado el cabello en un moño, sin quitarme la diadema. Intenté moverme y él, se pegó a mí, su pecho pegado a mi espalda y su, su... tragué saliva, su miembro lo sentía en mi trasero. Después de lo que me pareció una eternidad, me dijo.

—Toma aquí tienes tú taza —con voz ronca, colocándola enfrente de mí, escuché un leve sonido y miré a mi derecha había dejado las tenazas encima de la encimera. Se despegó de mí, pero aún sentía su calor, eso quería decir que, si me daba la vuelta, lo tendría frente a mí, así que me volví sonrojada a más no poder y lo besé. Esta vez no tuve tiempo de

observar nada, ya que lo hice rápidamente, pasé mis brazos alrededor de su cuello y por la intensidad con que lo rodeé, lo empujé contra la isla, sentí como se apoyó en ella mientras me sujetaba por la cintura y me besaba con desespero, ambos jadeamos, en ese beso lleno de deseo, bajó sus manos a mi trasero, y sentí sus palmas en cada nalga, nuestras respiraciones aceleradas, llenaban la cocina. Seguí besándolo mientras su lengua jugaba con la mía, sus manos se cerraron en mis glúteos, apretándome, solté un gemido en su boca, y eso fue más que suficiente para que me tomara por la cintura y me girara de espalda a la isla, separamos nuestros labios me miró con ese fuego que me hizo estremecer, me alzó por la cintura y me sentó en la isla, con su cuerpo me separó las rodillas, colocó sus manos en mis muslos. Yo, tomándolo del cuello, lo atraje hacia mi boca, solté un leve gruñido que me hizo envolver mis piernas en su cintura. ¡Dios! No sé cuánto tiempo paso, pero no quería detenerme, después de todo, no había mala racha, no sabía, ni que estaba pasando, si era algo bueno o malo, pero me sentía más viva que nunca.

Detuve el beso, pegando mí frente a la de él. Ambos respirábamos entrecortadamente, sonreí sin mirarlo a los ojos, él, tampoco subía la mirada, solo pegaba su frente a la mía.

—Definitivamente, este cumpleaños, está resultando ser de lo más interesante —dije.

Se rio alejando su frente de la mía, sin quitarme las manos de los muslos. Me sostuvo la mirada con ese fuego en los ojos, que hizo que me mordiera el labio inferior, miró mis labios, y sacó su lengua en un acto reflejo, humedeciéndose los suyos. Mi rubor debía de ser obvio, bajé la mirada a su entrepierna y puse los ojos como platos, él me subió la barbilla delicadamente con un dedo.

Me miró con intensidad y luego curiosidad.

—Tú... —noté que estaba batallando por buscar la palabra correcta sin ofenderme, y sabía cuál era.

Suspiré y él frunció el ceño.

—Sí, no soy virgen —solté encogiéndome de hombros y mirándolo al pecho.

— ¡Hey...! —dijo apretándome los muslos para que lo mirase. Ese gesto hizo que me estremeciera.

Lo miré a los ojos.

—No pasa nada si eres virgen —dijo sonriendo, pero vi que le hacía gracia, cosa que hizo que me cabreara.

Me bajé de la isla, y pasé por su lado sin tocarlo, agarré la taza que había dejado encima de la encimera y me dispuse a servirme el café, que ya debía de estar tibio.

— ¿Por qué te molestas? —Dijo con tono curioso, cosa que hacía cabrearme más todavía, a lo mejor estaba siendo exagerada, pero Ed, me hizo ser insegura... en ese aspecto tan íntimo. Aunque cuando Hal, me estaba besando, en las dos ocasiones, olvidé todo lo malo que Ed, generó en mí.

Sin embargo, no quería volver a sentirme jamás así, y mi boca dijo algo de lo que me arrepentiría después.

—Crees que es gracioso ¿No?, que no tenga experiencia, ¿verdad? —Dije mirándolo con odio (solo que esa mirada, no era para él), dejé la taza en la encimera y me fui echando humo hacia la habitación.

Cuando entré, cerré la puerta bruscamente, por suerte no sonó muy fuerte, lo que menos deseaba, era que los peques oyeran algo, aunque mi mente solo podía revivir una y otra vez, la pesadilla a la que Ed, me sometió. Miré el móvil en la mesita de noche y me llegaron imágenes de Ed, borracho, gritándome que no se me ocurriera decirle a ninguno de sus amigos que...

En un arrebato de rabia y dolor, cogí el teléfono y lo lancé a la pared con todas mis fuerzas, el aparato se hizo añicos, no sabía que pudiese tener tanta fuerza, aunque dudo mucho que se requiera de fuerza para romper algo tan frágil. Mi pecho subía y bajaba, no podía llorar, solo sentía dolor, la rabia se rompió junto con el móvil.

La puerta se abrió.

—Elena, ¿pero ¿qué...?

Miró lo que quedaba del teléfono en el suelo.

Se acercó rápido a mí.

— ¿Estás bien?

Mi mente iba a mil por horas. ¿Cómo escuchó el ruido?, no creo que se haya escuchado tan fuerte, si él estaba en la cocina, no pudo haberlo escuchado, al menos que haya estado justo en ese instante fuera de la habitación.

— ¿Por qué me preguntas continuamente, si estoy bien? ¿Eres siempre tan protector? —Lo dije siendo muy borde, no quería sonar así, traté de decir algo más y me animé a mirarlo. Su cara era de ofendido y una vez más, adoptó esa pose inexpresiva, en ese momento, logré entender que había un secreto detrás de ese escudo. Se dio media vuelta y se fue cerrando la puerta fuertemente, esta vez sí había sonado. El ruido hizo que me sobresaltara; lo había cabreado.

Salí detrás de él, no me quedé a pensar en nada, sentía en el fondo de mi corazón que, si dejaba que se fuera, nunca más lo vería, me llegaban recuerdos de su mamá, hablando siempre triste por él, por eso nunca lo conocí, Hal, evitaba a su madre, y hoy lo estaba demostrando, viniendo cuando ella no se encontraba. Corrí fuera de la casa, tuve el presentimiento que había aparcado su vehículo en frente y no en uno de los garajes.

Y ahí estaba, abriendo la puerta de su coche.

— ¡Ha, espera, por favor! —

Me miró, y se pasó la mano por el cabello en un gesto de frustración.

Me acerqué a una distancia prudente, sin apartar mis ojos de los de él. Parecía el zombi que vi en varias oportunidades, ese Hal, me causaba mucha tristeza.

—Siento lo que ha pasado, déjame explicarte, por favor.

—No tienes que explicarme nada, no somos nada —escupió.

Aunque sabía que diría algo así, se me encogió el corazón, como si me hubiese escupido.

—Pero quiero hacerlo, sé que, si te vas, nunca más te volveré a ver —dije, en tono derrotado.

Sus ojos se abrieron al oír mis palabras, luego, regresaron a su habitual neutralidad.

No dijo nada, y continué, aunque sentí que no debía revelarle la razón de mis palabras anteriores, preferí no decir nada, no era el momento. Lo único que conseguiría sería, que se subiera a su coche, y se fuera.

—Yo, no soy virgen, no mentí, y me molesté mucho, cuando te hizo gracia, y mientras hablabas como si te estuviese mintiendo. Te miré así, pero no era por ti, es decir, hay algo... mi ex novio...

Respiré profundo y continué.

—Me acordé de él, no sé cómo explicarme, no digo que te parezcas a él —dije rápidamente al ver que fruncía el ceño, se le notaba molesto, sé muy bien que a nadie le gusta que lo comparen.

— ¿Podemos seguir la conversación en la casa, por favor? —Le dije bajando el tono de voz, me sentía rara.

Para mi alivio, asintió con la cabeza y suspiró relajando la frente, cerró la puerta del coche y caminamos en silencio a la casa.

—Vamos a la sala de televisión —dije, quería tomar aire fresco, pero no quería ir donde se encontraba la piscina.

Entramos y Hal, graduó las luces, para que quedaran bajas. Nos sentamos en el sofá circular, uno, en cada extremo del mismo.

Sin pensar mucho comencé, él se sentó con las piernas levemente separadas y las manos sobre el regazo.

# Capítulo 4

Suspiré y me llevé una mano al puente de la nariz, cosa que hacía mucho cuando estaba frustrada o nerviosa.

—No tienes que decirme si no quieres —comenzó a decir Hal, con expresión seria.

Levanté la mano para que callara.

—Sí, quiero contártelo —dije mirándole a los ojos, su color me tranquilizaba, a pesar de lo bajo de las luces, ahí estaba ese marrón claro.

—Mi ex novio, Ed, hizo de mi primera vez, una pesadilla.

Tuve que apartar la mirada de Hal, vi cómo se tensó, y sus ojos mostraron ira repentina. O eso creí ver. Continué...

—Éramos amigos antes de ser novios. Antes de hacerlo..., quise estar preparada, así que... yo tenía un grupo de amigas, éramos inseparables desde los diez años, solo éramos ellas dos y yo. A Ed, lo conocí a los quince, en casa de Alice, (dije reprimiendo un escalofrío) al principio, la noche solo era para hacer una fiesta de pijamas, Alice, Lucy y yo. Pero a Alice, le dio por invitar a tres chicos, entre los cuales estaba Ed. Lucy, logró robarle a su padrastro una botella de vodka, antes de parar en casa de Alice. Sospeché que ambas habían preparado todo, pero Lucy me aseguró que no tenía ni idea del plan de Alice, de invitar a los chicos, ella solo había cogido la botella para poder bebérnosla pasadas las doce de la noche. Eran casi la una de la madrugada, cuando los chicos treparon por la ventana del dormitorio de Alice, yo solo llevaba un short muy corto de pijama y una camiseta sin mangas, tuve que correr al baño a ponerme un sujetador ya que no llevaba, no me gustaba dormir con ellos. Para cuando regresé a la habitación, estaban bebiendo. Alice, me presentó a Ed, y a los amigos de él, que tenían pinta de chicos problemáticos. Ed, me gustó de inmediato, se veía un chico tranquilo. Lucy, notó que yo, estaba muy incómoda, ya que ellas llevaban pantalones de pijama y camisas de mangas larga y yo, estaba casi desnuda. Los amigos de Ed, me comían con la mirada —mientras le contaba a Hal, me perdí en el recuerdo...

Lucy, caminó hacia mí, mientras Alice, entretenía a los chicos sirviéndoles vodka, pero podía sentir la mirada de Ed, que me observada disimuladamente.

— ¡Hey!, toma —dijo Lucy, pasándome un vaso rojo.

Negué con la cabeza.

—Vamos es solo medio vaso, si quieres bajo por jugo, agua o una gaseosa sabor a limón, para agregarle —dijo sonriéndome.

—Sí, vamos, yo te acompaño dije.

— ¡Eso! —dijo contenta Lucy.

Al regresar con jugo de naranja y gaseosas de varios sabores, Alice, propuso jugar verdad o reto.

Nos sentamos con bebidas en mano, alternando chico, chica. Ed, se sentó a mi izquierda y su amigo Ron, a mi derecha.

El juego comenzó, a Alice, le tocó retar a Ed.

—Verdad o reto —le dijo a Ed, divertida por el efecto del vodka, ya que iba por su segundo vaso.

Él, sonrió con aire relajado, encogiéndose de hombros como si la cosa no fuese con él.

—Verdad —respondió Ed, tomando un sorbo de su bebida. Decidió tomar el vodka sin mezclarlo, todos menos él, lo habían mezclado con gaseosa o jugo.

—Veamos, veamos —dijo Alice, tamborileando un dedo sobre sus labios.

—¿Te parece guapa Elena? —Preguntó, mirándome maliciosamente.

Di gracias a Dios, no haber tenido líquido en mi boca, pues seguro, lo hubiese escupido encima de uno de los del grupo.

Ed, giró su cara hacia mí y me sonrió ampliamente, sin volverse para mirar a Alice.

—Sí, me parece muy, muy guapa —contestó y se llevó el vaso a los labios. Lo copié e hice lo mismo, de la impresión me tomé medio vaso de un solo trago, escuché como todos reían, soltaban risitas y palabras en voz baja, para no alertar a los padres de Alice.

Te toca dijo Alice, con tono irritado, le tocaba a Ed, preguntarme a mí.

—Verdad o reto —me dijo sin dejar de sonreírme.

Pensé en decir, verdad, pero tenía miedo que me preguntara si él, me parecía guapo. Verdaderamente sí, era guapo, pero no quería centrar la atención en mí. Ed, tenía los ojos azul claro y el cabello rubio con las raíces marrón claro, se teñía el cabello.

—Reto —dije tratando de no apartar la mirada de la suya.

Me sonrió mostrando los dientes, en sus ojos había algo que no pude leer.

—Te reto a que me beses en la boca, por un minuto —

—¿Qué? —Dije casi subiendo la voz. Alice, me fulminó con la mirada y me dijo que bajara el tono, no quería que sus padres descubrieran a los chicos.

Los chicos se burlaron de mí en voz baja, menos Ed, que me miraba atento, ya no sonreía, solo se limitaba a ver mis reacciones.

Sentía el medio vaso de vodka en mi cabeza, sabía que estaba sonrojada y me quería ir, pero no quería darle el gusto a Alice, se estaba comportando como una perra y ni siquiera, sabía por qué. Eché valor y accedí a besarlo para acallar las risas estúpidas de sus amigos y la mirada de autosuficiencia de Alice. La única que me mostraba apoyo era Lucy, sin embargo, se limitó a mirarme con ojos de consuelo.

Me senté de vuelta en el pequeño círculo, ya que de la sorpresa me había levantado bruscamente. Cogí por la nuca suavemente a Ed, pegué mis labios a los suyos y lo besé. Solo fue un beso sencillo, pero él, me tomó por la cintura y me acercó más, abrió su boca y empujó su lengua en mis labios, haciendo que los abriera por la impresión. Ya, me habían besado antes, pero no así, no lo aparté, porque eso era darle más cancha a Alice y a los horribles amigos de Ed. Así que me limité a imitar sus movimientos, me sentí terriblemente incómoda, hasta que por fin Ed, finalizó el beso, vi como sus labios, estaban hinchados, y respiraba agitadamente, los chicos apaciguaban exclamaciones de, ¡oh!, ¡eso!, ¡uy!

El juego continuó y Lucy, me dijo que la acompañara al baño. Fui con ella.

—Dime por favor, que lo notaste —dijo pegando la espalda y extendiendo los brazos con las palmas encima de la puerta del baño en modo dramático. Puse los ojos en blanco, abrí el grifo de agua y me refresqué la cara, Lucy continuó...

— ¡Oh, vamos, Elena no seas mojigata!

No la mire, cogí una toalla y me sequé la cara.

— Por lo que veo no lo notaste —dijo usando ese tono particular, cuando tenía que decir algo muy importante, así que bajé la toalla y la miré.

Me sonrió con picardía. Se acercó, como si tuviese miedo de que alguno de los padres de Alice, entrara al baño de invitados.

—Ed, después que rompió el beso, Alice, yo, e incluso sus molestos amigos —dijo poniendo los ojos en blanco.

¡Que bien!, pensé, también notó lo desagradable que eran los chicos.

—Se excitó —dijo llevándose una mano a la boca para frenar la risa, cosa que me pareció un gesto infantil, cuando tanto ella como Alice, trataban de aparentar madurez.

Alcé una ceja, sin entender a que se refería, es decir en ese momento la palabra me resultaba familiar, tardé unos segundos en comprender a lo que se refería.

Lucy se rio, le saltaron las lágrimas de la risa.

Le dije que se callara, realmente me importaba un pepino si los padres de Alice, descubrían a los intrusos, lo que me irritó mucho es que se riera, porque tardé en captar lo que me estaba diciendo. En pocas palabras yo le había provocado a Ed, una erección.

Hal, me regresó a la realidad.

— ¿Te acostaste con él esa noche? —Su pregunta fue sencilla, sin deje de nada. Su mirada estaba en calma, no podía leer sus ojos.

—No, esa noche no, un mes después en su casa. Fue la primera vez que mentí a mis padres. Lucy y Alice, me ayudaron, no fue planeado, pero yo sabía en el fondo que iba pasar. Después de conocernos, él, se disculpó y nos hicimos amigos, pero en una semana y pico, nos hicimos novios. Me trataba de distinta manera, a sus amigos —

Comencé a narrarle mi primera vez. Mientras hablaba, volví a recrear aquellos momentos.

—Lucy, la noche promete. No me lo puedo creer Elena, te corrompimos —dijo Alice manejando el volvo de su madre. Yo iba en los asientos de atrás, pero, aun así, la miré por el retrovisor, sonreía con malicia. Sentía en mi pecho que algo andaba mal, pero descarté ese sentimiento, pensé que solo me sentía culpable por mentir a mis padres. Lucy le quitó hierro al asunto, justificando que era una adolescente, que tenía que romper un par de reglas antes de cumplir los veintiuno.

Recuerdo que esa edad me parecía tan lejana, que seis años, equivalían a cuarenta años después.

Llegamos a casa de Alice y su hermana mayor se hizo pasar por Adriana, la madre de Alice. Mi padre cayó en la trampa, tenía la esperanza que mi madre también cayera. Ella, era más difícil de ser engañada. Mi padre, sin embargo, estaba en ese momento, distraído con unos amigos preparando todo para el partido de fútbol de esa noche, mamá le dejaba la casa libre, se iba al club con sus amigas, a una noche de spa.

— ¡Hecho! —dijo Verónica, la hermana mayor de Alice.

Alice, le dio las gracias y subimos a su habitación para cambiarnos para la fiesta. La mentira que les dijo a mis padres fue, que yo dormiría esa noche en su casa, y ella, me llevaría a casa después del desayuno, y como era domingo, llegaríamos sobre las diez de la mañana.

Nos fuimos a casa de Ed, a las ocho de la noche. Los padres le dieron permiso para hacer la fiesta, ellos, estaban de viaje de negocios. La única norma que le pusieron, era no exceder el volumen de la música, no hacía falta mencionar el alcohol. Sus padres lo tenían mimado, les daban libertad. En pocas palabras le ponían todo en bandeja de plata, más no de oro... Si Ed, se equivocaba una sola vez, todo lo que tenía, se esfumaba en segundos.

Ed, me recibió en la puerta con un leve beso en los labios, noté de inmediato el olor a alcohol en su aliento. Me sonrió y me cogió de la mano.

Perdí de vista a Lucy y a Alice.

— ¿A dónde vamos? —Le pregunté, mientras subíamos las escaleras, había estado seis veces en esta casa y arriba solo estaban las habitaciones. La de sus padres, la de su hermano mayor Joe, que se encontraba en la universidad y la de él. Pensé que me llevaría a su habitación y se me aceleró el corazón, ya que, durante todo el mes de conocernos, sobre todo

al hacernos novios, se le veían las intenciones, quería hacerme suya, sellar el trato como le gustaba decir a Alice.

—Tranquila —dijo como si me leyera el pensamiento, me guio a otra puerta, la que estaba enfrente de su habitación.

—Este es el cuarto de Joe, es la única habitación de la casa con balcón —me sonrió y le devolví la sonrisa, me relajé. Sin embargo, no entendía que hacíamos ahí.

El cuarto era muy parecido al de Ed, solo que tenía varios trofeos de equitación y fotos de chicas semidesnudas en las paredes. Una cama individual, y detrás de unas cortinas blancas con rayas negras, estaban las puertas de una terraza. Eran puertas corredizas. Ed, quitó el seguro y las abrió, daban al jardín trasero, el cual estaba a oscuras, una farola de la calle, lo iluminaba a medias, las demás casas estaban en silencio, la única de la calle con música moderada, era la de Ed.

—Me gusta venir aquí de noche, los vecinos nunca miran hacia acá, si quiero privacidad, apago todas las luces de la habitación y es imposible, a pesar de que el jardín se ilumine un poco, que alguien logre verme en esta terraza —dijo mirando hacia la luz de la calle.

Le sonreí como nunca antes, me gustaba este Ed relajado, siempre se comportaba como indiferente frente a sus amigos. Ed, se convirtió en mi primer novio real, ya que cuando tenía ocho años, me gustaba un niño, jugábamos a ser novios, pero creo que eso no cuenta. Mi primer beso me lo robó a los trece años, pero él primero con lengua, Ed, también fue el primero en eso y esta noche, perdería mi virginidad con él *“solo que yo, aún no lo sabía”*, lo sospechaba, pero lo ignoré.

Se volvió hacia mí, que seguía parada dentro del cuarto de su hermano.

—Me gusta mucho esa sonrisa —dijo acercándose.

Me sonrojé y bajé la mirada.

Cuando la iba a subir me tomó suavemente la cara entre sus manos, me miró a los ojos y me dijo...

—Me encantó conocerte en casa de Alice, casi no voy esa noche —

No sabía que responderle.

—Este soy yo.

Retiró las manos de mis mejillas y extendió los brazos.

—No entiendo —dije mirándolo a los ojos.

Se rio suave y me sonrió con cariño.

—El verdadero Ed, es este, el que viene al cuarto de su hermano mayor de noche, para sentarse en esa silla —dijo señalando, una silla de mimbre con un cojín en el balcón.

Sonreí y le dije.

—Me gusta el verdadero tú —

Volvió a colocar sus manos en mis mejillas y me beso, sentí que podía confiar en él, por primera vez. No estaba enamorada, pero era un chico muy guapo y durante todo el mes que llevaba conociéndolo, por fin lo miré distinto, se ganó mi confianza y mi amistad, se había abierto a mí y eso era suficiente, lo demás era cuestión de tiempo. Le regresé el beso con ganas. Ya no sentía timidez propia de la edad, comencé a dejarme llevar, sin embargo, no deseaba pasarme, quería ir poco a poco. Solo que no sabía los planes de Ed. El muy *“hijo de puta”* me tenía endulzada, confiada.

Se agachó un poco sin dejar de besarme, pasó sus manos por mis glúteos, y me sujetó, haciendo que me alzaré con él. Para no perder el equilibrio, enrosqué mis piernas en su cintura y dejé de besarlo.

—Pero, ¿Qué haces? —dije sujetándome a sus hombros.

Él se rio suave.

—Te estoy besando.

Lo miré a los ojos que me observaban llenos de deseo y diversión, pero había algo más. Antes de poder descubrir el

qué, me besó muy tiernamente, y caí una vez más bajo su hechizo.

—No te voy hacer daño, solo te estoy cargando, porque quería hacerte reír —

Y lo hizo, me reí, soltando el aire, que no sabía que estaba reteniendo, y esta vez fui yo la que lo besó tiernamente, pasando mis brazos por su cuello, eso lo incitó a tumbarme sobre la cama. Sentí su cuerpo sobre el mío, su beso se intensificó y mis alarmas se prendieron. Sin embargo, no estaba desesperado, sentí que se estaba conteniendo, hizo un esfuerzo y se detuvo para mirarme.

—Sí, quieres que pare...solo dilo —dijo esperando mi respuesta.

Su mirada titubeó, pero me sentía bien con él, en ese preciso momento. Yo, no tenía alcohol en mi cuerpo, él, sí, pero no mucho. Me pregunté a mi misma que si me sentía bien haciendo esto sin tomar alcohol, pues lo haría. Sentía curiosidad y me gustó la idea de sentirme mujer por primera vez, no por lo que dijeran las demás chicas, solo quería agarrarme a esta sensación, me imaginé que sería igual que esas pelis de romance que siempre miraba una y otra vez. Solo que no fue así...

# Capítulo 5

No respondí, lo besé con las mismas ganas que él, sentí como su respiración se aceleró repentinamente y sus manos se descontrolaron sobre mi cuerpo, cerré mis ojos y me dejé llevar. Seguía besándome y tocándome por todos lados, traté de evitar los nervios, no entendía como él, no notaba mi temblor. Abrí los ojos tras lo que parecieron diez minutos. Me gustaría decir, que disfruté de lo que me hizo, pero solo sentía nervios nada más. Ya no disfruté de los besos sin estremecerme, pensaba qué cuando me desnudara, entraría en calor, que vería chispas, que me enamoraría de él, que sería la primera vez más hermosa de mi vida. Eso no ocurrió, no sabía cómo detenerlo, mi mente se desconectó, aferrada a esa pequeña esperanza. Lo recuerdo como si estuviese frente a la cama mirándolo todo.

<<Él, se desnudó primero, Elena solo lo miraba, con un temblor que le llegaba hasta los huesos, los ojos de ella estaban vacíos. Los de él, llenos de lujuria. La desnudó sin besarla, ni tocarla, se incorporó y sacó de un cajón de la habitación de su hermano un condón, lo abrió lo más rápido que pudo, se lo puso, y se echó encima de Elena. Un segundo después, estaba dentro de ella, besándole y chupándole el cuello desenfrenadamente. Marcándola. Elena, soportó el dolor y las lágrimas que caían por sus mejillas en silencio. Ed, arremetía entrando y saliendo, como un animal, estrujándole los pechos, mordiéndoselos, empujando como un poseso, jadeando en la cara de ella sin hablarle. Dio dos arremetidas más y acabo, dejándose caer encima de ella, aplastándola con su cuerpo. Seguro que habría oído la queja o escuchado el aire escapándose de sus pulmones, por el peso de él, ya que este rodó al otro lado de la cama e ignoró, como pudiera sentirse ella.

— ¡Fue, increíble nena! — dijo riendo Ed, con satisfacción.

Elena regresó a la sala de televisión junto a Hal, que la miraba con los ojos cargados de rabia, detalle que sobresaltó a Elena.

Hal, notó su turbación y dijo...

—Lo siento, mi cara no es por tí, estabas tan concentrada en el pasado, supuse que estabas reviviéndolo todo — le dijo suspirando y pasándose la mano por el cabello.

—Siento mucho, si me extendí —dije mirando el reloj, eran las 4:30 a.m.

—No es culpa tuya, el tiempo vuela. —lo dijo tenso, sabía que tenía que marcharse, su madre llegaría en cualquier momento.

— Supongo que tienes que irte, por eso lo digo.

Lo miré a los ojos. Su tensión creció, pero me sorprendió al decirme.

— No es culpa tuya Elena, ese imbécil, fue un hijo de puta. Gracias por confesarme algo tan personal, no tenías por qué hacerlo.

— Te lo he contado porque, nunca me he sentido tan viva en mi vida, con nadie —dije sin bajar la mirada.

Hal, abrió la boca para decir algo, miró el reloj y me volvió a mirar, con expresión relajada.

—Acompáñame a mi auto, por favor —dijo mirándome con cara neutra, al menos no era esa cara inexpresiva que me recordaba a una estatua.

Asentí con la cabeza, lo miré con cara de cansancio, era lógico, ya estaba por amanecer, y no había dormido nada. ¡Ah! Claro, me recordó la voz de mi conciencia, le acabas de contar algo muy personal e íntimo, de ti.

Caminamos hasta su coche en silencio, agradecí la brisa en la cara.

—No sé que decirte, Elena, no quiero que pienses que me das lástima por todo lo que pasaste. De hecho, me hierva la sangre, pensar que tu primera vez, fue tan... vulgar para ti, tan vacía...

Imaginé que tenía otro repertorio de palabras más soeces, pero Hal, era educado y me estaba respetando.

Eso me sacó una sonrisa, cosa que lo hizo sonreír a él.

— No me gustaría irme así, sin más, yo..., espera —dijo abriendo la puerta de su coche, un Rouge de Nissan color negro. Sacó algo de la guantera, una libreta pequeña junto a un bolígrafo, garabateó algo rápidamente y me tendió la hoja.

— Este, es mi número de teléfono. Llámame cuando tengas un móvil nuevo —dijo sonriéndome sinceramente.

En este momento, deseaba besarlo hasta quedarme sin aire, pero temía que me malinterpretara. Así, que le devolví la sonrisa. Pero él, hizo lo que yo deseaba.

Acortó la distancia de nuestros cuerpos y me atrajo hacia él, halándome por el suéter. El beso fue lento, el sol salió entre los dos, mis brazos alrededor de su cuello, mis manos a su cabello. Sus manos, se colaron debajo de mi camisa y se aferraron a la piel desnuda de mi cintura. El tiempo se detuvo, y el mal recuerdo de mi primera vez, se esfumó con su beso purificador.

—No me estaba riendo de ti —dijo respirando aceleradamente.

Alcé una ceja sin comprender a qué se refería, rodeándole el cuello, con mis brazos.

—En la cocina, cuando nos besamos, no me reía de ti, solo me causaba gracia, conocer a alguien como tú, lo digo de la manera más inesperada posible, estoy acostumbrado a chicas que bueno..., estamos en el siglo XXI, quedan muy pocas como tú — finalizó sonriéndome algo nervioso.

Antes de que pudiera decirle algo, agregó...

—Y sí, te creí cuando me dijiste que no eras virgen, solo que debo admitir, que no estaba muy seguro, por tu..., tierna timidez, eso me confundió un poco —

Le sonreí maliciosamente, y lo besé, osadamente le mordí el labio inferior, sentí como me apretaban sus manos las caderas, dolía, pero era un dolor glorioso, y sentí algo más...

Se separó rápidamente, de mí sonrojado.

—Me tomaste desprevenido —dijo con voz ronca, mirándome con puro fuego en sus ojos.

No lo dejé hablar y pegué mi cuerpo al suyo. Me sonrojé más que él.

Lo escuché tragar saliva.

—Elena, corrijo, no eres nada tímida, sabes lo que me estás haciendo, no puedo controlar... —dijo bajando su mirada a su entrepierna, ya había perdido los nervios repentinos, y me miraba con picardía, admito que era lindo ponerlo nervioso.

—Solo preferí demostrarte con acciones más que con palabras, que yo estoy muy segura de mi misma, rara vez soy tímida.

Su expresión se volvió seria.

—Elena, no necesitas demostrarme nada —dijo colocándome las manos sobre los hombros.

Tuve que poner cara de tristeza, porque de inmediato, bajó las manos a mi cintura y dijo:

—Quiero, que seas tú misma cuando estés conmigo, haz lo que sientas sin pensarlo tanto. Si hay algo que te incomode de mí, házmelo saber, por favor.

Me dio un beso rápido.

—Debo irme, espero tu llamada, “*nena*” —me sonrió y se subió en el coche.

Yo solo asentí con la cabeza, y le dije...

—Lo haré — y tomando su consejo me acerqué a la ventanilla de su coche, metí mi cabeza por ella, pegué mi boca a la suya, dándole un beso que decía “*quiero verte pronto y continuar donde nos quedamos*”.

Media hora después, llegaron los Parker. Tuve que contarles mi pequeña y vergonzosa aventura con la pulsera, omití que casi muero ahogada, de hecho, omití toda la noche. Solo hablé de los peques, sentía que Hal era el que tenía que hacerles saber a su madre y padrastro de su presencia la noche anterior. Recordé sonrojada que la red aún descansaba en el fondo de la piscina, no le di oportunidad a Hal, de recuperarla. Los señores Parker, se mostraron comprensivos y me dijeron que no me preocupara. Como era temprano todavía para desayunar o regresar a la universidad, me dijeron que si lo deseaba me podía quedar un rato más descansando para luego desayunar y así el Señor Parker, me acercaría a la universidad al finalizar. No pude rechazarlos, estaba muerta del cansancio, apenas puse la cabeza en la almohada me dormí.

Dormí hasta las ocho, la Señora Parker, me despertó para desayunar, cosa que me dio mucha vergüenza, y más todavía al escucharla disculparse por despertarme. Le dije que no, que la avergonzada era yo. Esas casi tres horas que dormí me sentaron de maravilla, después de comer, el Señor Parker, me pagó y me acercó a la universidad. Al entrar a mi habitación que compartía con Lucy, la cual no estaba, cosa que no me sorprendió era sábado, me acosté en mi pequeña cama individual del lado izquierdo de la reducida habitación.

No podía dejar de sonreír, anoche fue la mejor noche de toda mi vida. Ya no tenía sueño, deseaba salir corriendo a comprarme un nuevo móvil. Casi dos horas después, regresé a la habitación que compartía con Lucy. Pasé el resto de la mañana configurando mi nuevo móvil, y sin esperar ni un segundo más, le mandé un mensaje a Hal. Me daba vergüenza llamarlo, tenía que coger fuerzas primero.

—Hola, soy Elena —

Con la espalda apoyada en un cojín pegado a la pared de mi cama, esperé nerviosa mordiéndome una uña, pintada de color azul caoba.

Lo que pareció una eternidad después (solo diez minutos), me respondió.

— ¡Nena!

Mi corazón dio un brinco, jamás disfruté tanto de estar sola en esta habitación.

—Pensé que llamarías —me envió.

Me temblaron las manos, era difícil saber qué emoción le estaba proporcionando a esas palabras. Sin embargo, me leyó el pensamiento, a pesar de no estar al lado mío.

No le respondí nada y siguió.

—No soy mucho de escribir, creo que nunca logro transmitir lo que quiero decir.

Sonreí y pisé la tecla llamar.

—Mucho mejor — dijo inmediatamente al atenderme.

Se rio, y me estremecí. ¿Cómo era posible?, tan solo habían pasado unas horas desde que lo vi y ya tenía ese efecto en mí.

—Sí, es verdad, así es mejor — traté de decirle algo más, pero no podía acomodar las palabras.

—Nena, te siento nerviosa — sabía que estaba reprimiendo una risa, puse los ojos en blanco, y eso me ayudó a recuperar mis nervios de acero.

— ¿Ya te graduaste? —retuve el aliento sin darme cuenta, aún no conocía nada de él.

Tardo unos segundos y respondí:

—No, todavía no he terminado — su voz sonó distante y dura.

Cosa que me hizo arrepentirme de preguntarle, sentía que tenía muchas cosas ocultas, la cara de su mamá, me llegó a la mente, siempre de tristeza. Sin embargo, no quería alejarlo de mí, sabía que tarde o temprano, tendría que conocerlo, bueno, conocer que había detrás de ese escudo. Me apresuré a decir...

— ¿Te gustaría, salir esta noche...? Digo..., a no ser que estés ocupado —me pasé la mano por la cara en un gesto de frustración, no me gustaba ser tan insegura. Siempre he sabido cómo hablar, a pesar de cualquier circunstancia.

—Que bien que lo preguntas tú primero, no he dejado de pensar en ese último beso que me diste, dentro de mi coche.

Casi se me cae el teléfono de la mano, abrí la boca por la emoción.

— ¿Dónde quieres ir? —preguntó.

No tenía muchas opciones, casi todos los sitios de recreación quedaban a una o dos horas de distancia. Así que los universitarios se quedaban en el campus y se entretenían haciendo fiestas en cada hermandad, o se unían en una mega fiesta, y el que tuviese coche, podía ir al mirador, o al auto cine, ambos quedaban a una hora, también había un arroyo a cuarenta minutos, pero como todos lo conocían perdía la gracia. Irónicamente la casa de los Parker, solo estaba a veinte minutos. Miré la pequeña habitación y sonreí, le expliqué las pocas opciones y le sugerí la que se me ocurrió.

—Tengo la habitación para mi sola, mi compañera y mejor amiga Lucy, está en casa de sus padres este fin de semana.

— ¡Vaya!, eso..., suena muy bien —dijo con picardía.

Me sonrojé y me llevé a la boca una goma para el cabello.

Me reí y le dije...

—Si quieres, podemos ver una película, el fin de semana pasado, me pasaron tres, y una es de terror, y todavía no he podido verla.

— Bien, ¿cuál es esa?

— El Conjuero 1

Se rio con ganas.

—Se cual es, ya la vi, pero me encantará verla contigo, quiero ver tus reacciones, lo voy a pasar de lo lindo.

El corazón me brincó una vez más de emoción.

—No seas malo, ¿me vas a asustar? — dije sonriendo

—Puede que sí — y se destornilló de la risa.

Hablamos un poco más sobre películas, le di la dirección de la universidad, me dijo que se encargaría de traer todo tipo de golosinas y que nos veríamos a las ocho de la noche.

Corrí a darme una ducha, busqué en mi armario que ponerme. Antes, no tenía mucha ropa en la universidad, por eso durante un tiempo, hacía viajes constantes a casa de mis padres para cambiar los atuendos. Al final, decidí mudar toda mi ropa a la universidad. Después de casi desordenar todo mi lado del armario, me decidí por una mini falda marrón de algodón, y una camiseta de tirantes rosa, me puse unas sandalias de estilo egipcio, a juego con la falda. El cabello me lo

recogí en una sencilla cola de caballo, dejando algún que otro rizo cayendo por los lados y por mi frente. Me puse unos pendientes de circonitas, una pulsera rosa de goma con un corazón al que le traspasaba una flecha en una plaquita de metal.

El maquillaje, sencillo, no era de las que se ponían mucha pintura. Un toque de polvos, lápiz de ojos y brillo labial. Mi parte favorita era el perfume. Me encantan los olores dulces y frutales. Tengo un perfume sencillo que me encanta. Así, que decidí ponerme un poco de mi perfume favorito detrás de los lóbulos y un poco en las muñecas. Me di un último repaso en el espejo y el tiempo restante para vernos lo invertí en arreglar con esmero el lado de mi habitación, oyendo música. Siempre ponía música cuando estaba sola para relajarme mientras me arreglaba para comenzar el día o para limpiar el cuarto.

# Capítulo 6

— ¡Hola, ya estoy aquí! —mensaje de Hal.

Me estremecí de emoción y le respondí un rápido...

—Ok, voy a buscarte.

El pasillo de las habitaciones estaba en silencio, casi todas las chicas estaban de fiesta.

El corazón me brincaba en el pecho. Hal, estaba terminando de sacar unas bolsas del asiento del copiloto.

— ¡Hola! — Le dije casi llegando hasta él.

Cerró la puerta con la mano libre, y me sonrió.

— ¡Hola nena!

Me acerqué un poco más y poniéndome en puntitas, le besé la mejilla izquierda. Todas las veces que nos besamos él me rodeaba con sus manos la cintura y me alzaba un poco, o se agachaba a mi altura. Cuando me fui a retirar, me pasó la mano libre por la espalda baja, agachó la cabeza y me besó en los labios, haciéndome sonreír en los suyos.

— Hola... —dijo mirándome con ese fuego que me derretía en segundos.

Le ofrecí llevar una de las bolsas, ya que tenía cuatro en una sola mano. Pero me dijo que no, dándome un beso debajo la oreja, aunque seguíamos caminando, mi cuerpo saltó como un resorte.

— ¡Mmm!, hueles deliciosa —dijo enterrando su cara en mi cuello —, a coco.

Me rodeó la cintura con el brazo libre.

Entramos en la habitación y Hal, colocó las bolsas en mi pequeño escritorio.

—¿Cuál es, tú cama?

—La de la izquierda —dije sentándome en la silla giratoria del escritorio, para quitarme las sandalias.

Se sentó en el medio de mi cama, impulsándose hacia atrás. Pegó su espalda a la pared, como era alto, sus pies quedaron suspendidos en el aire. Me recreé con el movimiento de sus músculos mientras se acomodaba, ¡Dios!, ¡era un hombre impresionante!

Vestía unos jeans negros, que le quedaban como un guante, una camisa ajustada gris, aparentemente de seda, ya que se le transparentaba un poco y se le marcaban los pectorales, completaba el conjunto, unos botines negros. Le quedaban muy bien los colores oscuros.

Me miró mientras me quitaba las sandalias, él hizo lo mismo con sus botas. Se quedó en calcetines del mismo color que

la camisa.

—Me gusta tu lado de la habitación —dijo mirando alrededor, se había sentado en el borde de la cama, ahora tenía los pies encima de una alfombra grisácea peluda de forma ovalada.

Lucy, tenía su lado más recargado que el mío. En la pared junto a su cama, había más de cuatro posters, de bandas musicales: DNCE, One Direction, Justin Timberlake y Selena Gómez, el resto no los conocía. Encima del escritorio en su mitad, tenía una infinidad de cremas corporales, lociones, perfumes, y muchos maquillajes.

Compartíamos también un mueble para guardar la ropa doblada, y el resto de nuestras cosas. Ya que el armario, solo era para colgar prendas, no tenía estantes, solo un espacio en el suelo para poner zapatos.

Abrí un cajón del escritorio y saqué mi laptop. No teníamos televisión, giré la laptop en dirección a mi cama y conecté un altavoz de USB a la laptop, era muy práctico. Miré sobre mi hombro a Hal, que se acomodó en la pequeña cama, se puso sobre su costado izquierdo, pegando su espalda, lo máximo a la pared, regresé a la tarea de poner la película y tragué saliva, en esa posición que se puso, haríamos cucharita, si me ponía igual que él.

Antes de darle reproducir lo miré y le dije:

—Tengo que posicionarme primero, me estiraré para poder darle reproducir a la peli.

El escritorio estaba en medio de las dos camas.

—Ven, aquí—dijo dando una palmada en el colchón y mirándome juguetón.

Le sonreí, mirándole con diversión, sin mostrar mis nervios.

No hacía falta que ninguno de los dos habláramos, me coloqué haciendo la cucharita, sin embargo, no me pegué a él, mi espalda, apenas lo rozaba. Sentía su respiración en mi cuello. ¡Joder!, que calor me estaba entrando...

—Así no veo —dijo riéndose suave.

— ¿Ehh? —dije saliendo de mis pensamientos. Me puse boca arriba apoyada en mis codos, girando mi cara en un ángulo incómodo para mirarle a la cara.

Me sonrió ampliamente, con ese brillo en los ojos que parecía fuego, y ahora mezclado con diversión. Su cara estaba muy cerca de la mía.

—Ven, déjame, te ayudo a acomodarte —dijo haciéndome señas con las manos para que volviera adoptar la pose de la cuchara.

Lo hice, contuve el aliento cuando colocó sus manos en mi cintura y tiró hacia él, bajándome un poco, para que mi cabeza no le tapara la visión de la pantalla y mi trasero quedó, encajado a su... parte delantera. Si me ponía a pensar en la palabra, me pondría como un tomate, aunque en esta posición no me estuviese viendo la cara, el calor que comenzaría a emanar de mi cuerpo sería más que obvio.

Escuché como soltó el aire, y su aliento me rozó el cuello.

Me estiré un poco para darle a comenzar la película, y cuando me re Coloqué. Hal, se removió detrás de mí y volvió a soltar el aire.

—Te va a encantar —dijo pasado unos segundos, con la voz un poco ronca.

—No me vayas asustar —me quejé al ver una horrible muñeca que apareció en el segundo treinta y dos de la película.

Se rio pegando su boca a mi cuello, y sin poder reprimir el estremecimiento, sentí su respuesta al poner su mano en mi cadera, y sus dedos encima de mi vientre, moviéndose.

—No, no te asustaré —dijo tiernamente.

En una escena donde golpean la puerta desde dentro del apartamento, pegué un brinco y me arrimé inconscientemente al cuerpo de Hal. Escuché como se rio por lo bajito, y como si nos conociéramos desde siempre, su mano descansó en mi vientre.

— ¡Vaya peli!, da bastante miedo — me quejé.

Movió su mano en una suave caricia sobre mi vientre, al estar en esta posición, la camiseta de tirantes se me subió dejando al descubierto parte de mi vientre.

—Me estás distrayendo —solté.

Subió la mano hacia mi ombligo.

—Créeme nena, no llevamos ni cinco minutos de película, y es una tortura tenerte así, cerca de mí —dijo cerca de mi oído, con la respiración un poco agitada.

Me giré copiando su posición, recostada sobre mi costado y apoyando el lateral de mi cabeza en la palma de mi mano. Su cabeza estaba apoyada en una de mis almohadas, no me molesté en tomar la otra almohada, lo miré a los ojos y de los ojos a la boca. Sin pensarlo, lo besé pegándome a su cuerpo. Su reacción fue inmediata, me cogió por la cintura, me subió encima de él, sin detener el beso y quedando tumbado de espalda en la cama, conmigo encima. Ninguno de los dos prestamos atención a la película, el beso se iba intensificando.

Me tumbó boca arriba y se subió encima de mí. Con su rodilla, me separó las piernas y se posicionó mejor. Su boca viajó por mi cuello, clavícula, siguiendo el escote que me formaba el sujetador en la camiseta. Dejé que una de mis manos, explorara su espalda y la otra, se perdiera en su hermoso cabello. Continuó el recorrido de besos, metiendo sus manos por los laterales de la camiseta, la cual, se fue subiendo hasta el borde de mis pechos, subió la cabeza para mirarme, deteniendo el camino de besos.

Su pecho subía y bajaba, tenía los labios hinchados y el cabello revuelto, la luz de la pantalla hacía destellar sus ojos, que me miraban llenos de deseo.

—Nena, yo... creo que... —su voz era más ronca que nunca, más que las veces anteriores en las que nos besábamos.

Abrí los ojos como platos, teniendo miedo de lo que me diría.

—Tranquila, no pienses en nada malo conmigo —su mirada se tornó seria, estaba segura que recordaba la historia de mi primera vez. Suspiré.

—¿Qué sucede, entonces? —le dije sin moverme.

—Quiero que estés segura, si continuamos así, no podré detenerme.

La forma en que me miraba, fue tan sincera que me llegó al alma. Traté de incorporarme, y su cara me mostró preocupación, pensó que me quería alejar de él, se retiró de mí, quedando de rodillas entre mis piernas.

Logré sentarme y sin dejar de mirarle a los ojos, sonreí.

Él frunció el ceño, y su expresión se volvió llena de curiosidad:

—¿Qué te está pasando por esa cabecita nena? —dijo divertido.

—Quitemos esa horrible película, ¿te parece? —dije.

Asintió con la cabeza, sin dejar de estudiarme los gestos.

Paré la película y encendí la lamparita del escritorio, sin dejar de mirarlo de reojo.

Sé volvió un instante y luego se sentó con la espalda pegada a la pared. No pude evitar observar cómo se llevó una mano a la entrepierna para terminar de acomodarse, por suerte no me pilló mirándolo. Me puse a buscar en la carpeta de música de la laptop.

—Tienes razón —dije sentándome nuevamente en la silla del escritorio.

—¿Eh?, razón de que —dijo confundido.

—De estar segura. Es decir..., estoy segura cuando te beso, de cómo me siento, sé que lo deseo —respondí.

Me miró con mucha intensidad y se inclinó un poco hacia delante. Pero su cara estaba en modo neutro, lo único que me indicaba emoción era el fuego en sus ojos, aunque también reflejaban duda.

—Pero, quiero saber, ¿qué es esto? —dije señalándonos.

Se acercó al borde de la cama y apoyó los pies en la alfombra.

—No lo sé —dijo suspirando. Su expresión ahora era seria, con un deje de tristeza.

Mi cara sinceramente, no sé qué expresión tenía, obligué a mi boca a hablar.

—El que necesita estar seguro, eres tú...

Abrió los ojos y la boca, sorprendido.

—Es la verdad, no te hubiese detenido hace rato —dije.

Al fin no me había puesto nuevamente sonrojada, recuperé mi seguridad, y mis nervios de acero, que toda la vida he tenido. Como no dijo nada, proseguí.

—Mi pasado con Ed, no me ha afectado contigo, después de Ed, no estuve con nadie, al menos no tan íntimamente como contigo —me detuve a mirarlo, él, me observaba atentamente, no dejé que mi voz temblara —, ya sabes, solo salidas normales y algún que otro beso. Me concentré en los estudios y en trabajar, así que, estoy siendo sincera, me haces sentir viva, no tiene ningún trasfondo lo que te estoy diciendo Creo que depende de ti ahora.

Hal, apoyó los codos encima de las rodillas, me miró unos segundos y dijo...

—No esperaba que me dijeras eso. Sinceramente, no paras de sorprenderme, por eso me detuve. No soy un imbécil, en pocas palabras no me quiero aprovechar de ti, sin embargo —se pasó la mano por el cabello —, no quiero detenerme, es solo que no sé cómo me siento con esto —dijo copiando el mismo gesto que yo, señalándonos.

Lo miré sorprendida y continuó...

—Yo vivo el momento, mi presente son acciones, no sé planificar, no me imagino el futuro —lo dijo como "*la estatua*", que odiaba. Ese escudo horrible, que le consumía por completo al mostrarlo.

Quise preguntarle con todo mi ser que escondía, porque sabía que no se trataba de amor, de tener una pareja, sé que era algo malo, algo grave, algo de su pasado, que involucraba a su madre. Reprimí un escalofrió, mi corazón estaba acelerado, siempre he tenido la intuición desarrollada, sé que las veces que la ignoraba, las corazonadas estas me aplastaban, como lo fue con Ed, solo que en este caso con Hal, no se trataba de mí, sabía que él decía la verdad, no quería aprovecharse de mí, viviendo el momento, sin poder ofrecerme algo más a futuro, solo que ni yo misma entendía que significaba eso.

—Entiendo, dije.

Su cara regresó al Hal vivo.

—Ahora el que no entiende soy yo — dijo, con los ojos oscuros.

Suspiré y dije:

—Quiero correr el riesgo, como te dije me haces sentir viva —sonreí ampliamente —me recuerdas a una canción que escucha mucho Lucy, se llama "*Perfect*" es de ellos dije señalando con el dedo el póster de "*One Direction*". Me sonrojé al recordar que Lucy juraba que me gustaba One Direction, y yo siempre lo negaba, ya que no me gusta el fanatismo, pero lo cierto, es que en secreto adoraba las canciones de ellos.

Hal, me miró atónito, casi me echo a reír por su expresión.

Me levanté sintiéndome como nueva.

—No puedo creer que vaya hacer esto, pensarás que estoy loca, pero no me importa —dije riéndome a carcajadas.

Hal, negó con la cabeza, sonriéndome confundido.

—Verás, te pondré la canción, escúchala atentamente y luego respóndeme, si quieres dejar que me arriesgue contigo, aunque no sepas, que es esto —dije nuevamente haciendo el gesto de señalarnos.

Hal, frunció el ceño, me sonrió levemente y asintió con la cabeza.

Puse a reproducir el video oficial de la canción con la letra que alguien había adaptado al video, era una edición de una fanática con el audio original más la letra en inglés y español.

Pasado casi cuatro minutos de haber visto el video y sin mirarlo a él, que seguía sentado en el borde de mi cama, y yo

parada a los pies de la misma, dijo:

— ¡Vaya!, es realmente..., muy bueno, entiendo tu punto. Seguía mirando la pantalla, y yo lo miraba a él.

— ¿Qué piensas, entonces me dejas que me arriesgue contigo, bueno, mejor dicho, nos arriesgamos, seguimos la letra?, ¿Soy perfecta para ti?

Hal, se paró de un brinco de la cama, me miraba como si me hubiese salido otra cabeza, o eso interpreté. Sacudí la cabeza, y se me vino el alma a los pies, bajé la mirada. Sucedió un milagro, ya que en esa fracción de segundos que creí que el mundo me había tragado, sentí sus manos rodeándome la cintura, y su boca en la mía besándome con locura.

—Sí, eres perfecta para mí, sí, quiero que nos arriesguemos —dicho eso me volvió a besar, más despacio, como si estuviese saboreando cada segundo.

El verano ya había finalizado, las dos semanas pasaron, las cuales Hal y yo, nos vimos casi todos los días. Salíamos a pasear en su coche, y aparcaba en algún parque, donde nos pasábamos las horas besándonos, cambiando temas de música, películas... Sin planificar nada, solo viviendo el momento, tratando cada uno de seguir su vida como era antes de conocernos. No puedo mentir, fueron las dos semanas más increíbles de mi vida, pero como dije el verano ya había finalizado. La universidad me consumía todo el tiempo, apenas si lograba tener un momento para hacer de niñera, ya que ese no era el único empleo que tenía. Hacía menos de cinco meses había conseguido un puesto en la librería de la universidad. Al ser estudiante, logré trabajar a media jornada. Me pagaban por ordenar los libros y ayudar a familiarizarse con la biblioteca a los estudiantes que llegaban por primera vez a la universidad. Incluso algunos profesores, me pedían que los asistiera en clase. Debo reconocer, que ganaba más como niñera, pues los Parker, siempre querían pagarme de más y aunque yo no los dejaba, igual lo hacían. No me parecía correcto, pero era imposible decirles que no. En la universidad como cualquier otra, los días festivos, fechas especiales, donde no se estudiaba, los alumnos podían quedarse en el campus o irse a sus casas. Yo hacía casi un año que evitaba a ir casa de mis padres, ya que necesitaba más independencia, quería descubrir cómo se sentiría no ir en esas fechas, y ahora que estaba con Hal, me sentía más libre que nunca.

Tenía un plan que llevar a cabo. Hal y yo, habíamos tomado la decisión de seguir una letra de canción, por más ridículo que pareciera, pero yo no podía dejar pasar lo que me ocultaba. Es cierto que nadie me obligó a contarle mi pasado, sin embargo, al ser una simple mortal, que está más que atraída por ese chico misterioso, de ojos casi color miel, tenía que saber quién era. ¿Será que es mi chico perfecto, como dice la canción? Ese chico perfecto esconde algo, y ese chico perfecto, no solo quiero que sea como una letra, quiero conocerlo, quiero ser su amiga también. Y si me lo permite, quiero ser algo más, pero tengo que ir poco a poco, y la primera cosa que tengo que hacer, es usar la indiferencia, aunque me oprima el corazón, el solo hecho de pensar hacerle algo así. Estas dos semanas nos hemos acostumbrado el uno al otro, no era una rutina, ya que hacíamos todos los días algo distinto, pero aunque los dos neguemos la atracción, en este tiempo solo hemos dejado de vernos, tan solo dos días, pues no respetábamos la letra. Era vernos de vez en cuando, no todos los días estar juntos, por eso, tenía que ser yo la primera en poner distancia. Porque estoy cien por cien segura que él, pronto notaría que no nos estábamos dando espacio, y la verdad, no deseaba ver la estatua que sacaba a relucir cada vez que se ponía el escudo, iba ser más doloroso que él creara la distancia.

El otoño es mi fecha favorita del año, ya había pasado una semana sin ver a Hal, mi corazón se paró ya que el día que maqué el plan, me escribió para vernos en el autocine, le dije que no podía, traté de ser lo más sincera posible, hacerle ver sin ser ácida, que tenía un montón de cosas que ocupaban mi tiempo. Opté hacerlo por mensaje, a él no le gustaba escribir, solo para cosas puntuales. Esa noche me había dejado un mensaje corto:

—Hola, autocine tu y yo, mañana a las 6 p.m.

Me tardé en responderle al propósito quince minutos después, sabía que no me llamaría le gustaba darme espacio, le respondí...

—Lo siento no puedo, agenda a tope.

Di gracias a Dios que ninguno de los dos usábamos emoticonos, así era más sencillo. Aunque un poco frío su mensaje no tardó.

—Ok.

El corazón se me encogió, ese “Ok”, tenía más de un significado, mi intuición me decía que lo que quiso decir fue: *“Odio escribir, y odio que no me llames, no es lo mismo descifrar lo que dices, pero sé que estás siguiendo la letra de la canción”*. Sin embargo, sabía que él estaba batallando por culpa de su secreto, en el fondo quería ser normal, una pareja normal, aunque ni yo misma sabía lo que significaba la palabra *“normal”*.

No le escribí más, y la semana pasó así, ninguno de los dos estuvo en contacto con el otro.

Busqué hacer más cosas con mi tiempo libre, pero era una tortura, todo me recordaba a él, casi decido ir a visitar a mis padres, sabía que era mala idea ir, estando vulnerable, ya que tendría que enfrentarlos. Me dirían que los tenía abandonados, aunque era mentira, cuando podía les escribía, y les mandaba alguno que otro presente, incluso había abierto una cuenta de ahorros, para poder regalarles un crucero por su aniversario.

Los días se te marcan, se vuelven pesados, es curioso como tu cerebro, idea más de una actividad, para que el corazón no muera en el proceso.

Casi me había olvidado de Lucy, cuando la vi el lunes, después de no haber visto *“El conjuro”* con Hal, ella me estudió, me dijo que estaba distinta, le dije era obvio, había cumplido veintiún años, era normal estar distinta, no me creyó. No deseaba hablarle de Hal. Él, era mi secreto, mi escape, era mi canción favorita, así que, centré mi atención en ella, en que había pasado con Rick, su novio, cosa que funcionó, porque le brillaron los ojos. Me contó que habían hecho el amor por primera vez. Lucy era virgen, y había esperado con Rick, casi dos años de relación para acostarse con él.

—Fue, increíble —dijo dejándose caer en su cama.

Le sonreí desde la mía.

—¿Cómo te fue en casa de los Parker, el viernes?, que mala leche, estar sola en tu cumpleaños.

Casi me sonroje al acordarme de Hal. Miré a mi amiga a los ojos, si supiera que el sábado en la noche Hal, estuvo aquí y que casi nos acostamos, Lucy estaría chillando como loca, para que le diera todos los detalles, del sexy hijo de la Señora Parker, algo así lo llamaría de seguro Lucy, *“sexy hijo de la Señora Parker”*.

—Te ves distinta, sigo diciéndolo, desde la mañana —dijo sentándose con las piernas cruzadas en medio de su cama.

—Estoy igualita, solo que contenta, sabes que los Parker siempre me pagan bien —se me retorció el estómago por admitirlo, pero quería quitarle la curiosidad a Lucy.

Me miró medio dudando y lo dejó estar.

—Bueno, igual no tengo cabeza ahora para tu cambio repentino, veo estrellas —dijo casi gritando y poniéndose boca abajo, con la cara hundida en la almohada. Luego giró la cabeza y me miró.

—Amo a Rick, y él... —se sentó rápidamente con las piernas nuevamente cruzadas —, me dijo que me amaba con locura, a la mañana siguiente —finalizó sonrojándose y tapándose la boca, por un momento pensé que se echaría a llorar, se levantó corriendo, y se sentó junto a mí, en mi cama. La abracé y le dije lo mucho que me alegraba por ella, en ese momento tenía muchísimas ganas de ver a Hal, habíamos quedado mañana, martes, pasar por un helado e ir al mirador, sin embargo, el martes tampoco lo vi, por fin el miércoles nos vimos. Me sorprendí extrañándolo tanto, solo por no verlo durante cuarenta y ocho horas.

Dos semanas sin saber de Hal, éramos buenos, ninguno de los dos, daba su brazo a torcer; desde que lo había conocido en casa de su madre, no había ido a cuidar a los peques. Hoy era viernes, la Señora Parker me había llamado, pidiéndome si podía pasar el fin de semana en su casa, ya que su esposo tenía que viajar urgentemente a Nueva York, ella iría con él, y regresarían el lunes por la mañana.

Nunca me había quedado sola con los peques, tanto tiempo.

La Señora Parker me juró que me pagarían muy bien, cosa que una vez más, me incomodó.

Acepté porque no coincidía con mi trabajo en la biblioteca, y el lunes no tendría problema por saltarme las dos primeras clases.

Agarré las cosas necesarias para pasar el fin de semana en casa de los Parker e inmediatamente pensé en Hal, me estremecí al imaginarme, diciéndole que me podría visitar cuando los peques estuviesen dormidos. Moví la cabeza, tratando de borrar esas imágenes, de todas maneras, debía contactar con él pronto, si pasaban más de dos semanas, él creería que no lo quiero ver más.

Lucy entró a la habitación en ese momento, sacándome de mis pensamientos.

—¿Y eso? —dijo señalando mi bolso de mano.

—Me voy a la casa de los Parker, por cierto, ¿me podrías llevar?, no quiero gastar en taxi, por favor.

—¡Wow!, ¡genial!, me encantará llevarte hasta allí, por fin conoceré la casa que te quitó el aliento.

Puse los ojos en blanco y me reí.

Veinte minutos con Lucy, en un coche, bastaron para que tuviéramos una conversación a corazón abierto.

Solo llevábamos dos minutos juntas cuando comenzó:

—Sé, que ando en mi mundo Rick —dijo mirándome de reojo pendiente del camino.

Me removí inquieta en el asiento del acompañante, y pensé: ¡genial, aquí vamos!, muy oportuna Lucy.

—Pero no soy idiota, ¿sabes? —Suspiró—he visto cómo te escapabas, siempre que trato de hablarte de algo que sea del mundo real y no académico.

—Lucy —comencé a decir.

—No, por favor regálame estos veinte minutos, sé que yo tampoco te he confesado mis mayores secretos, pero al menos te involucro más en mi vida, que tú en la tuya.

Su tono de voz era pausado, pero sentía que era algo que llevaba tiempo guardando.

—Cuando me contaste que Ed, te escribió por Facebook, solicitando tu amistad, me dejaste descolocada, hacía seis años que no lo mencionabas, desde que estuvimos hace seis años en su casa, y repentinamente te fuiste a casa de tu tía, y regresaste un mes después, todo cambió entre nosotras. Lo sé, no te estoy reclamando nada —suspiró y me miró, luego miró al frente y dijo—, pero creo que llegó el momento de que, por todos estos años de amistad, podamos quitarnos esta espina, no te estoy pidiendo que me digas, que hizo que te escaparas así hace seis años, solo que... quiero que confíes en mi ahora, no te guardes tu sola todo, lo mismo haré yo, sé que estos dos años de relación con Rick, no te he contado más allá de cosas triviales de nuestra relación, pero eso ya dejará de ser así, te involucraré más, como las mejores amigas que somos —sonrió y añadió—bueno algunas cosas me las guardaré entre él y yo.

—Lucy, yo... —No sabía que decirle. Su sinceridad, hizo que se me empañaran los ojos. Me los froté con el reverso de las manos.

Lucy se aclaró la garganta.

—Lo sé, lo sé —no soy buena con discursos —dijo echándose a reír, para romper el incómodo silencio de mi parte.

Sonreí.

—No, tienes razón, te contaré lo que pueda, no es fácil romper seis años de silencio, por decirlo así —dije sin mirarla.

Fui lo más precisa con ella, le conté sobre Ed, le dije que perdí la virginidad con él. Lucy casi detiene el coche. Le expliqué que no sabía porque Alice, se portó tan mal conmigo, aunque le dije que sospeché que le gustaba Ed, cuando me lo presento, pero le dije lo que ella ya sabía, que Alice, se cansó de quitarle hierro al asunto, diciéndome que no pasaba nada ser novia de Ed. Y así sin más, llegamos a nuestro destino, la casa de los Parker.

Llegamos a las 7 p.m.

Lucy miró la casa, no paraba de decir, ¡wow!

Me recibió la Señora Parker, estaba preciosa, vestía un sencillo vestido negro hasta las rodillas, sin escote. Le presenté a Lucy, le dije que ella, me había hecho el favor de traerme. La Señora Parker muy educadamente la invitó a pasar para tomarnos un té helado, y nos dijo que no había ningún problema que Lucy, se quedara a hacerme compañía mientras yo cuidaba de sus hijos, que si lo deseaba podía usar la otra habitación de invitados. Casi se me cae la mandíbula al piso, dí gracias a Dios, que Lucy se puso roja como un tomate, dio las gracias y le dijo que no era necesario, que solo me había traído, que ya pronto regresaría a la universidad. Quince minutos después los Parker se fueron, dejándome con sus hijos y Lucy, los peques estaban jugando video juegos en su habitación.

— ¡Vaya!, son muy agradable los señores —dijo Lucy mirando embobada la piscina, desde el sofá.

—Sí lo son. —respondí, mirando distraídamente mi celular.

—Debí de aceptar la invitación, esta casa es genial —dijo levantándose y caminando para ver más de cerca la piscina.

Lucy iba a decir algo más, cuando su móvil comenzó a sonar.

Me sonrió y soltó un grito.

— ¡Es Rick! —Se apresuró a contestar abriendo las puertas que daban a la piscina. La quise frenar, pero ya era tarde, total no la puedo juzgar por hacerlo, eso mismo hice yo la noche que conocí a Hal. Su nombre hacía mella en mi interior, así que le escribí.

—Hola.

Mientras esperaba con el corazón en la boca su respuesta, miraba a Lucy parlotando animada con su novio, hasta que casi se me cae el móvil al suelo. No había pensado en que Hal, podría llamarme al móvil, y Lucy no se había ido todavía, en un impulso apagué el celular. Cinco

minutos después, Lucy entró en la sala de estar, dejando abierta las puertas que van hacia la piscina, y el aire frío de otoño se coló en la sala de estar.

—Ya me voy, Rick me está esperando en la universidad, me tiene una sorpresa —dijo sonriendo de oreja a oreja.

# Capítulo 7

Le devolví la sonrisa esperando impacientemente para poder encender el móvil. Todo iba lento. Por fin, diez minutos más tarde, despedí a Lucy, encendí el móvil y subí a ver a los peques, que seguían enfrascados en su juego.

No había mensaje alguno de Hal, antes de perder los nervios, no pensé más y lo llamé.

No lo cogió, repicó hasta caer en el buzón de mensaje, suspiré derrotada y le envié un último mensaje de texto.

—Estoy en casa de tu madre, cuido a los peques hasta el lunes por la mañana, tu madre y el señor Jim se fueron a Nueva York, por viaje de negocio —si no me respondía, sabía que todo se había terminado, y ya no seríamos más una canción, solo dos extraños que compartieron unos días geniales.

A las nueve los peques ya estaban en su cama, y yo estaba en la sala de estar suspirando, sentía que hoy, en tres horas cumpliría los veintiún años, que las dos últimas semanas no pasaron, quise escribirle a Lucy, decirle que viniera, para poder contarle sobre Hal; como un chico de ojos, casi como la miel, me robó el aliento en una noche, una noche antes de cumplir la edad legal para beber, él era mi boleto para lo prohibido.

Pasó una hora lentamente, y yo, trataba de perderme en mi lista de música favorita del móvil, pero no podía subirle mucho el volumen, no podría oír a los peques si me llamaban. Desistí con la música, me levanté del sofá y di una vuelta por toda la casa. El mismo recorrido que esa noche, sentí como me desmoronaba, pensé que, si hacía lo mismo que la noche en que lo conocí, él aparecería, lo sé, es un pensamiento absurdo, me tocaba pasar página y sin embargo cuando regresé al sofá de la sala de estar, eran las once y quince de la noche y Hal, no estaba. Ahora yo era la que parecía una zombi, vagando por la casa, sin tener nada en que distraer mi mente.

Estaba en casa de Ed.

— ¡Pero qué rayos!, ¿qué hago aquí?

Miré a mi alrededor asustada, era imposible, estaba de pie en la sala de estar de su casa, y la cabeza me dolía muchísimo. Sin embargo, no había nadie o eso creí hasta que Ed, apareció mirándome con rabia.

— ¡Ahí, estás! —No se te ocurra decirles a mis amigos o a las zorras de tus amigas, que follamos —dijo furioso, sin alzar la voz —se llevó a los labios un vaso rojo, supuse que con cerveza, pero Ed, prefería robarse un aguardiente que su padre tenía escondido en su estudio. Ed, siempre bromeaba que su papá nunca notaba la diferencia entre lleno y vacío.

Al mirarlo detenidamente, supe que estaba bebiendo aguardiente, la cerveza no lograba emborracharlo tan rápido.

—Ed, yo no diré nada, eso es algo muy íntimo, queda entre nosotros dos —solté con tono calmado, para no alterarlo; sabía que alterar a un borracho no era buena idea; tuve un tío que se ponía muy violento; una vez presencié cuando tenía 6 años, en una fiesta en su nombre, como se fue a los puños con mi papá, ese hecho me quedó como recordatorio.

Ed me miró y sonrió con ojos de malicia.

—Además, me gustaría mejorar mi técnica, en la práctica se aprende —dijo acercándose peligrosamente.

Di un paso atrás, entornó los ojos y soltó...

—¿Qué sucede? — Ahora te doy miedo—, se burló.

Me di la vuelta y salí corriendo hacia la puerta de entrada de la casa, pero corrió hacia mí y me agarró del codo.

— ¡Ay!, por favor Elena, siempre te haces la santa. Cuando te conocí estabas semidesnuda, sabías que íbamos y no te cambiaste de ropa —dijo apretándome el codo.

— ¡Suéltame! —Me solté bruscamente de su agarre, y abrí rápidamente la puerta, lo único que escuché fue... ¡Eres una zorra Elena!

Sentí unas manos que me agarraban por los brazos, comencé a removerme inquieta, y a gritar.

— ¡Shhh! Nena, soy yo. —era la voz de Hal.

Abrí los ojos y me incorporé rápidamente. Hal, estaba arrodillado junto al sofá donde me encontraba tumbada boca arriba, con el corazón acelerado, lo miré, me miraba con expresión de preocupación.

—Tuviste una pesadilla nena —dijo poniéndose de pie, y sentándose a mi lado en el sofá.

—Sí, fue una pesadilla —dije soltando el aire.

Miré el reloj en forma de búho, 12:30 a.m., luego me acomodé mejor en el sofá para mirar a Hal.

—Me alegro mucho que vinieras —luego añadió—. Pensé que no vendrías.

Frunció el ceño y dijo:

—Te llamé al móvil, pero me salía apagado, sabes que prefiero hablar que escribir.

Me llevé la mano a la frente para rascarme, y le dije:

— ¡Oh! cierto, es que lo apagué después de escribirte, estaba con Lucy.

Me miró con curiosidad.

—Tu amiga no sabe que existo —dijo sonriendo.

Me sonrojé.

—No, no sabe, la verdad justamente estamos trabajando en la comunicación —dije sonriéndole de vuelta.

Lo miré a la boca, ya recuperada de la pesadilla, solo deseaba besarlo. Así que, sin más, me levanté tomándolo por sorpresa, me senté en su regazo y lo besé con ganas. Era una postura que nunca habíamos hecho. Las muchas veces que nos besábamos era en su coche, cada uno en su asiento, en el parque, de pie, etc. Las veces que se pusieron las cosas calurosas, fueron en mi habitación de la universidad, cuando íbamos a ver “el conjuro”, y en la isla de la cocina, parecía como si eso hubiese ocurrido años atrás.

Soltó un gemido en mi boca, sin perder tiempo sus manos me sujetaron por la cintura, mis manos estaban tirándole del cabello, cosa que provocó otro gemido de su parte. El único sonido que había en la sala de estar, era el de nuestras respiraciones aceleradas. Frené el beso y me levanté rápidamente, ¡los peques!, yo había gritado, a lo mejor los desperté sin saberlo, el solo hecho de imaginármelos bajando, y entrando a la sala de estar, me causaba pánico, que unos niños pequeños, vieran una escena así.

Hal, me miraba como si me hubiesen salido cuatro ojos en la frente.

— ¿Qué sucede? —su voz estaba agitada por el caluroso beso.

—Tus..., tus hermanos —logré decir, también con voz agitada.

— ¿Qué? —soltó, alterado, se levantó rápidamente presa del pánico, miró a su alrededor buscando a los peques, su cara estaba pálida.

— Pero ¿qué te sucede, Hal? —dije acercándome a él, que comenzaba a caminar en retroceso hacia las puertas que conducían a la piscina.

Se pasó las manos por el cabello. Nunca le había visto así, en ese repentino estado de pánico. ¿Por qué les tenía miedo a sus hermanos?, esa pregunta me parecía absurda, temerles a dos peques inocentes de cinco añitos.

—Yo... tengo que irme, sabes es mala idea, que regresara aquí —dijo caminando en dirección a la puerta de entrada.

— ¡No!, ¡basta ya! —solté subiendo el tono.

Eso hizo que se frenará, y se volviera a mirarme.

— ¡Qué rayos Elena! —Me miró alterado, tenía los ojos muy abiertos y su frente estaba perlada por el sudor — ¿Crees que ahora, porque nos vemos de vez en cuando, y nos besamos, puedes meterte en mi puta vida? Eso último, lo dijo gritado.

Retrocedí un paso atrás como si me hubiese abofeteado. Pensé nuevamente en los peques, recé porque no hubiesen escuchado nada.

Hal me miró como un zombi y se dio vuelta.

Me quedé de pie mirando cómo se iba, pero no dejaría que lo hiciera. Él, hizo una especie de promesa conmigo en mi habitación. Prometió arriesgarse conmigo, ser al menos amigos, amigos que se enrollarían juntos, amigos que vivirían el momento, que compartirían su tiempo y cosas. Es cierto que no hablamos de amor, pero sí de confianza, aunque realmente no hablamos, escuchamos una canción, que habló por nosotros, tal vez para el resto del mundo eso no tuviese lógica, pero para nosotros dos la tenía.

Miré la mesita que estaba frente al sofá de la sala de estar, y vi las llaves de su coche, las había visto cuando me incorpore y trataba de orientarme. Hal, no tardaría en entrar a buscarlas, tiempo perfecto para darme cuenta que los peques no se habían despertado, caminé hacia la escalera, pero no subí ya que la casa estaba en completo silencio, regresé al sofá, y me incliné hacia la mesa cuadrada, de una clase de metal marrón oscuro, parecía bronce tal vez, y cogí las llaves, me las metí en el bolsillo trasero de mis jeans negros.

Hal, no tardó en entrar, su cara de zombi regresó, lo esperé sentada en el sofá.

—Elena, no voy hacer esto —dijo mirándome con desespero.

— ¿Hacer qué? —dije mirándolo a los ojos tranquilamente.

Suspiró, y se pasó una mano por el cabello, revolviéndoselo más de lo que lo llevaba habitualmente, cosa que le sentaba muy bien.

—Vine por mis llaves —dijo mirando hacia la mesita una vez más.

—Mira, lo entiendo, todos tenemos un pasado, lo sé, me dijiste que no te contara sobre mi vida y lo hice porque me haces sentir viva, en fin... —Dije levantándome — Lo mismo me gustaría decirte, pero esto es parte de arriesgarse, de arriesgarnos juntos, y sabes que no me refiero al amor, o a ser novios, eso me quedó claro semanas atrás, pero creo que esto me lo debes, ¿sabes qué esa canción habla de amistad también? —Dije mirándolo a los ojos.

Hal, me miró con cara de incomodidad y molestia.

— ¿De qué rayos hablas?

— ¡Dios Hal!, veamos —dije pasándome las manos por la cara —, la canción es obvia, habla de amigos con derecho, el chico se refiere a que no le puede hacer promesas de amor, que vive el momento, como me dijiste esa noche, esa letra es perfecta para ti —me reí, ya que así se llama la letra, “*Perfect*”.

— ¡Y eso que tiene que ver con contarte sobre mi vida! —dijo irritado.

Me reí sin ganas.

—Porque eso hacen los amigos, se apoyan, además, aunque digas que solo vives el momento, sabes que quieres arriesgarte conmigo, sientes que... no sé, que podemos confiar uno en el otro. Sé que lo sabes, porque me lo haces sentir, a lo mejor no con palabras, pero lo haces —finalicé sentándome de vuelta al sofá.

Hal, seguía parado en medio de la sala, con la mirada perdida.

—No puedo Elena, no querrás conocerme, es mejor así —sus ojos se le aguaron un poco, no soltaron lágrimas, pero si se aguaron —. Solo dame las llaves, y déjame salir de tu vida... —miró hacia otro lado y dijo— No me quiero arriesgar contigo, no vale la pena.

Las lágrimas comenzaron a empaparme la cara, me levanté y corrí hacia la piscina, necesitaba airé. Me detuve muy cerca de ella, hacía frío dejé que la noche me acobijara en ella, me abracé la cintura. Mis lágrimas se sentían frías en mis mejillas, no estaba llorando a moco tendido, pero soltaba lágrima tras lágrima.

—Elena, no hagas esto más dramático.

Me di vuelta para mirarlo y me pregunté, ¿por qué tenía que ser tan duro?, yo sabía que lo estaba haciendo adrede para escudarse de ese pasado que lo atormentaba, el cual no quería que yo conociera por alguna absurda razón que él se inventó. Yo, odiaba que la gente hiciera eso, que pensara por los demás. Solo deseaba que se alejara de mí por unos momentos, necesitaba serenarme, así que cuando vi que se acercaba cada vez más a mí, para que le entregara sus llaves, mi mente dejó de pensar, mi cuerpo reaccionó, alejándose de él, en retroceso, y caí. El agua me recibió fría, muy fría, no estaba templada.

Estoy segura de que Hal, habrá gritado mi nombre al ver cómo me caía, la verdad, lo único que pasaba por mi cabeza en ese instante, era alejarme de él, pero al sentir como mi cuerpo cedía, solo vi el cielo oscuro nublado. Una vez más todo fue lento, pero rápido a la vez, hundirse es rápido, o así parece. Tragué agua por el susto, unas manos me sujetaron por la cintura, y salimos a la superficie, era como un déjà vu, solo que mucho más frío, y el rescate más rápido.

Hal, nadó sujetándome bien, hacia él borde.

—Ya casi estamos, vamos sujétate al borde —dijo

Luego me volvió hacia él, y me alzó por la cintura, dejándome sentada en el borde de la piscina, seguido se impulsó en

sus brazos y se sentó junto a mí.

Se levantó y me tendió la mano, la tomé sin pensarlo. Caminamos en silencio hacia la sala de estar, yo iba delante de él, se apresuró a cerrar las puertas que daban hacia la piscina, yo caminé sin esperarlo hacia mi habitación temporal, sentí sus pasos detrás de mí; abrí la puerta de la habitación, encendí la luz del techo. Hal, entró y cerró la puerta, quedándose conmigo dentro de la habitación, no me di la vuelta para mirarlo. Caminé hacia el baño, dejando la puerta abierta, cogí dos toallas, salí y lo miré para lanzarle una toalla, la cogió en el aire, luego me dirigí hacia la butaca donde descansaba mi bolso de mano, lo abrí y saqué un pijama, unos pantalones de tela gruesa para el frío, y una camiseta de manga larga de la misma tela. El pantalón era de color azul marino, y la camiseta blanca.

Con ropa en mano me encaminé hacia el baño. Cuando iba a cerrar la puerta, Hal, metió su bota para impedirlo, me sujetó rápidamente por la cintura haciendo que mi ropa cayera al suelo del baño, y besó, mi boca a traición, le respondí el beso, pero mi mente me hizo reaccionar y lo alejé de un empujón que lo tomó por sorpresa, me miró con dolor, con arrepentimiento y mis lágrimas regresaron.

—Lo siento mucho Elena —dijo acercándose de nuevo, pero sin tocarme.

— ¿Qué sientes? —dije secándome las lágrimas, pero era inútil seguían cayendo, le di la espalda, para agarrar unos pañuelos desechables, me miré al espejo, al menos no tenía mocos en la nariz, me quedé pensando. Siempre, no importa la situación que me haga llorar, pienso en si tengo o no sucia la nariz, lo sé es de locos, espero un día detener esa manía, me hace sentir como una persona a la que le falta un tornillo.

—Siento mucho hacer que cayeras a la piscina, jamás te haría daño adrede, yo... —se le cortó la voz, me volví para mirarlo y solo vi mucho, mucho dolor en su cara, me acerqué a él y lo abracé con todas mis fuerzas, comenzó a llorar, no lo solté, su cara estaba enterrada en mi cuello, sentía como su cuerpo temblaba, no sabía si era a causa de la ropa mojada o por algo más. No dije nada, dejé que llorara todo lo que necesitara; yo también lloré con él en silencio, ambos en silencio. Cuando se serenó, alzó la cabeza, y vi lo vulnerable que estaba, se veía mucho más joven así, tenía los ojos rojos, su nariz aguada por los mocos, pero en él era adorable, lo sé, estoy segura que si alguien más lo ve, pensaría lo mismo. Me volví y agarré unos pañuelos desechables. Él, estaba secándose las lágrimas, me miró y le enseñé los pañuelos, los tomó, una vez más me volví, pero esta vez para lavarme la cara, no nos dijimos nada, mientras yo me agachaba a recoger mi ropa del suelo, él aprovechó para echarse agua tibia en la cara; cuando terminé de agarrarla, la coloqué en un pequeño puff de tocador; Hal estaba apoyado en una esquina del mueble, pasándose la toalla en el cabello, la dejó en la otra esquina del mueble del lavado y se comenzó a sacar la empapada camisa por la cabeza, me quede mirándolo atónita, por un momento pensé que esperaría que yo me fuera, o que me lo pediría, me miró y me sonrió, dejó la camisa dentro del lavado, sentí como mi cuerpo entró en calor, bajé la mirada al suelo. Él, se acercó y me dijo...

—Alza los brazos, nena.

Subí la cabeza, haciendo que mi cara quedara a pocos centímetros de la de él, lo obedecí.

Me sonrió ampliamente.

Aparte de mis jeans negros, llevaba una camisa de manga larga, rosa pálido y encima de ella, un sencillo suéter negro. Mi ropa interior era de algodón, de color rosa oscuro, llevaba unos culotes y un sencillo sujetador.

Me sacó el suéter, y lo lanzó dentro del lavado junto a su camisa, me reí por eso, seguía sonriendo, cuando escuché como soltó aire, al pasarme los dedos por los botones de la camisa, despegó los ojos de ellos y me miró a los ojos, y sin quitar sus dedos me preguntó...

—¿Puedo?

Asentí con la cabeza, sonrojada como un tomate.

Su mirada irradiaba fuego.

Comenzó abrir botón por botón, sus dedos rozaban mi pecho, con cada botón que abría, sentía el roce de sus dedos en mi piel desnuda, bajando desde la mitad de mis seños, donde el sostén no cubría parte de esa piel expuesta, hasta el último botón, que acababa cerca de mi vientre. En ese momento tan embriagador, sus ojos no habían dejado de ver a los míos, hasta que la camisa quedó abierta. Bajó la mirada, separó los labios, abrió más los ojos por la sorpresa, e hizo que me sonrojara más si era humanamente posible. Me obligué a no bajar la mirada, su cara era un poema, me estudiaba con deseo, pero también con ternura, me hizo sentir bonita, deseada, me hizo sentir mujer. Deslizó la camisa hacia atrás por mi espalda y liberó mis brazos de las mangas empapadas de agua; quedamos ambos en jeans del mismo color, sin hablar, una vez más nuestras respiraciones llenaban el espacio, hasta que me animé y dije:

—No te detengas esta vez por favor.

Me miró atónito.

— ¿Estás segura?

Asentí con la cabeza y le respondí:

—Sí, no quiero pensar en nada más, solo quiero dejarme llevar —

Ninguno de los dos siguió hablando.

Colocó ambas manos en mis mejillas y me besó, situé las mías en su cintura y las comencé a bajar hacia el botón de sus jeans. Bajó sus manos, una a mi cintura y la otra la metió dentro de uno de mis bolsillos traseros de los jeans, al detener mi mano en el botón de sus jeans, lo miré a los ojos, los tenía tan claros.

—Me encantan tus ojos —dije.

Me besó y me levantó haciendo que enroscase mis piernas en su cintura, me sentó en una esquina del mueble del lavado haciendo que se rodaran hacia la pared, unos adornos de metal que estaban encima del mueble.

Llevé mis manos una vez más al botón de sus jeans y lo abrí. Él, me siguió besando, sus manos estaban en mis caderas, le mordí suavemente el labio inferior y fui por su cuello, su respiración y jadeos, me indicaban lo excitado que estaba, metí mi mano dentro de sus jeans, dejando mi palma extendida sobre su bóxer. Sentí lo duro que estaba, pero eso lo hice para poder con la otra mano bajarle el cierre, siempre hacía eso cuando yo misma me bajaba el cierre, así evitaba pellizcarme accidentalmente. Soltó un gemido en mi cuello, al notar mi mano sobre su bóxer. Me tomó por la cintura para bajar del mueble y me abrió el pantalón, después me quitó el cierre, sonriéndole me bajé los jeans, él hizo lo mismo con el suyo, quedando ambos en ropa interior, llevaba un bóxer gris ajustados con la marca del mismo repetidamente por todo el bóxer. Sus ojos recorrieron mi cuerpo, yo no podía apartar mi mirada de su paquete.

— ¿Quieres que nos demos un baño? —dijo con voz tan ronca, en respuesta me acerqué envolviéndolo con mis brazos por el cuello y besándolo apasionadamente, su respiración se aceleró, jadeando me levantó en brazos y caminó hacia la bañera, me dejó de pie junto a ella, y se apresuró a llenarla, mientras se llenaba volvió a besarme, sus manos buscaron el broche de mi sujetador, lo abrió sin detener el beso, su cuerpo estaba pegado al mío, podía sentir su erección en mi parte íntima; las veces anteriores trataba de no pensar en nada, solo me perdía en lo que me hacía sentir; ahora que

permití a mi mente detenerse en cada detalle, me estremecí de placer, sentí como las lágrimas escaparon de mis ojos, estaba feliz al permitirme sentir cada caricia, escuchar cada jadeo, sentirme mujer, sentirme respetada.

# Capítulo 8

—Nena, —dijo despegando sus labios de los míos—, ¿estás bien? —me miró a los ojos con preocupación— ¿Por qué lloras?

—Sí, estoy bien, lloro por felicidad —dije sonrojándome.

Me secó las lágrimas con sus dedos, y sonrió aliviado, el sujetador aún lo tenía puesto. Hal, al separarse de mí, hizo que el sostén se me bajara un poco, exponiendo mis senos. Hal, bajó la mirada hacia mis pechos y soltó una exclamación, casi como un siseó; ¡vaya!, sus pupilas se dilataron con su atenta mirada en mis pechos, me terminé de quitar el sujetador.

— ¡Nena! —se acercó y me volvió a besar, era un beso desenfrenado.

—Hal... —dije—, el agua de la bañera —le recordé.

Se detuvo, se rió suavemente.

—Cierto, es que mi cabeza anda en otro lado.

Abrió una puerta del mueble del lavado y sacó unas botellitas pequeñas, yo lo estaba mirando mientras se había inclinado para abrir puerta por puerta, buscando las botellitas, me sonrió ampliamente al volverse hacia mí. Su cara estaba radiante, sus mejillas tenían color, sus ojos un destello de felicidad, me miré al espejo del lavado, y me sonrojé al verme casi desnuda, solo me faltaba quitarme el culote; comencé a temblar y me dije a mi misma que era solo por el frío, por estar aún mojada. Mientras evitaba que se me notara el temblor, Hal, vertió sales de baño al agua, no faltaba de nada. En los bordes de la bañera, había jabones, champús, esponjas de baño, etc. Todas nuevas, y listas para usar.

—Listo —dijo.

Me quité la braguita, dándole la espalda a Hal, mientras lo hacía sin mirarle, ya que no quise verlo por el espejo, sabía que sus ojos no perdían detalle de mi cuerpo. Antes de volverme a él, escuché una vez más como soltó el aire casi jadeando. Sabía que le había regalado todo un espectáculo al volverme y agacharme mientras me bajaba el culote de mi cuerpo. Me fui girando despacio hacia él, su boca estaba abierta, sus ojos como platos, me sonrojé y bajé la mirada a su pecho; casi por instinto me cubro los senos, pero no lo hice. Tragó saliva y se bajó el bóxer, me quedé sin aliento, al mirar su...su miembro, era grande, estaba erecto obviamente; no sabía mucho de penes, había visto el de Ed, pero mi cerebro decidió olvidarlo, así que no tenía con que compararlo. Sí habré visto uno que otro en un video porno o algo por el estilo, así que estaba cien por cien segura que Hal estaba bien dotado, creo que era un poco más grande que el promedio; era mi chico perfecto, no solo por su pene, me sonrojé por mis pensamientos tan atrevidos, y lo miré a los ojos.

—Nena —tragó saliva —extendió su mano en mi dirección, me acerqué y le tomé de la mano; me ayudó a meterme a la bañera, nos sentamos, el detrás de mí, conmigo entre sus piernas, de esa manera dándole la espalda, podía controlar mis nervios.

Sentí en la espalda como me pasó una esponja mojada, el agua se sentía perfecta, ni muy fría, ni muy caliente.

Dejé caer mi cabeza en su hombro al echarla hacia atrás.

Me besó el cuello, y cerró sus manos en mis senos, se me aceleró el corazón, me volví y lo besé en la boca. Seguidamente, me subí encima de él, lo monté a horcajadas, nos besamos apasionadamente, hasta que escuché la voz de la razón, que me advirtió que no teníamos protección, yo no estaba tomando la píldora, ni ningún tipo de anticonceptivo; dejé de besarlo y bajé la vista hacia donde nuestras partes íntimas estaban muy cerca una de la otra.

—Nena —dijo jadeando— ¿Todo bien?

—No, no tenemos protección, yo no...no tomé la píldora.

Hal, abrió los ojos como platos.

— ¡Vaya!, lo siento, no pensé en eso —dijo nervioso.

—Lo sé, yo tampoco, gracias a Dios me di cuenta —su mirada me mostró que se cerró; estaba segura una vez más que había regresado el zombi sin vida que tanto odiaba —, ¡hey!, —dije colocando mi mano sobre su mejilla — lo que quiero decir es que confío en ti, sé que no tienes nada malo, ya sabes... enfermedades. —Dije sonrojándome — Pero hay que evitar embarazos no deseados... —me moría de vergüenza decirlo, pero primero, lo primero, cuidarse.

Sus ojos se abrieron como platos, y noté como su frente se llenó de sudor y comenzó a temblar. Fruncí el ceño.

—Hal, ¡hey!, mírame.

Ya no me miraba, miraba detrás de mí, perdido en algo. Esta vez no lo toqué, esperé incomoda que me mirase y cuando por fin lo hizo, se levantó y salió de la bañera, dejándome fría de repente, el agua ya no se sentía tibia, se sentía helada. Me cubrí los senos, y llevé las rodillas hasta mi pecho. Hal, estaba de espalda a mí, cogió rápidamente una toalla y se la amarró en la cintura, sin volverse a mirarme.

No podía decirle nada, me quedé mirando hacia la ducha, al lado de la bañera, estaba una pared ducha transparente.

—Yo... —comenzó a decir Hal.

—No digas nada —le corté— simplemente déjalo así —lo miré, y su cara era de dolor, pero esta vez no lo compadecí,

como se atrevió a cerrarse así en un momento de intimidad—. Por favor vete, para que pueda vestirme, esto es incómodo para mí —

Estaba atónito una vez más, pero se limitó a asentir con la cabeza y salió del baño, dejándome sola y fría.

Casi quince minutos después salí del baño, me había logrado dar una ducha caliente, para quitarme el frío.

Hal, no estaba en la habitación, eran casi las 2:00 de la mañana. Dejé la habitación para buscar mi teléfono en la sala de estar y ahí estaba Hal, sentado en el sofá, con los ojos cerrados, debió notar mi presencia, porque abrió los ojos y se levantó de un brinco.

—Elena, escucha antes de que digas nada, te lo explicaré, tienes razón, tengo algo que oculto... —la voz le temblaba.

Me acerqué un poco a él.

—No, Hal, no te sientas obligado a contarme nada, tú mismo me lo dijiste, la vez que te conté sobre Ed, no tenía porque hacerlo —dije suspirando.

—No, pero yo sí quiero..., quiero que lo sepas, solo que —se pasó la mano por el cabello y se sentó. Se le veía derrotado —, se que no querrás estar conmigo después de que lo sepas —me miró con ojos llenos de súplica, pero continuó diciendo —. Soy un egoísta Elena, menos mal que no...no tuvimos sexo, eso hubiese sido igual que aprovecharme de ti.

—Pero, ¿de qué estás hablando Hal?, no entiendo. ¿Qué hiciste? —dije alterada.

Se levantó deprisa como antes y muy alterado dijo:

— ¡Maté a mi hermano! — sus ojos se llenaron de lágrimas.

Me llevé las manos a la boca.

— ¿Qué?, pero... — di un paso hacia atrás inconscientemente y Hal, se dejó caer de rodillas, tapándose los ojos, estaba llorando desconsoladamente.

Reaccioné y corrí a consolarlo, me coloqué de rodillas enfrente de él y lo abracé, estaba sollozando. No sé cuánto tiempo pasamos así, me dolían las rodillas.

—Hal, mírame —le dije tiernamente, subiendo su barbilla con mis dedos.

Se pasó el reverso de sus manos por los ojos, para quitarse las lágrimas, que por fin cesaron. No dijo nada solo me miraba con mucho dolor.

—Ven— le ofrecí mi mano para levantarnos, la tomó y nos sentamos en el sofá.

—Vamos, cuéntame qué sucedió, si así lo deseas, no te voy a juzgar.

Se rió sin ganas.

—Claro que lo harás —dijo levantándose.

Me levanté apresuradamente.

—¿Te vas? —solté desesperadamente. No deseaba haber sonado así, pero me tenían cansada sus cambios de humor.

—No, solo voy a la cocina por un café, ¿quieres uno? —dijo sin emoción.

—Sí —dije de inmediato, tenía que dejarlo coger fuerzas, después de una confesión así...

Lo acompañé a la cocina, agarró unas servilletas y se sonó la nariz. Me miró y dijo...

—Siento mucho esto, que me veas así, normalmente no soy un tío tan... cochino.

Casi me echó a reír por eso.

—Hal, de verdad, ¿te preocupas porque te vea sonarte la nariz?, tú también me viste a mí, —dije regalándole una leve sonrisa.

Comenzó a preparar la cafetera, yo me senté en unos de los banquitos negros, que se encontraban en un lateral de la isla.

Escuché como suspiró y se volvió hacia mí, quedándose apoyado en la encimera donde estaba la cafetera.

—Normalmente preferiría hablar del tema con licor y no con una simple taza de café... —hizo una pausa mirando una vez más detrás de mí, con la mirada perdida—, bueno, miento, simplemente no hablaría, el hecho de solo...pensar en eso, me dan ganas de emborracharme —dijo frotándose la sien con la mano derecha.

# Capítulo 9

—No tienes... — dije, y levantó una mano para callarme.

—Sí, si tengo y lo haré, prepárate para escuchar como..., —respiró profundamente— maté a mi hermano de dos meses de edad.

No dije nada, no me llevé las manos a la boca, solo reprimí un escalofrió y lo miré atentamente, pero Hal, estaba en el pasado, no me miraba a mí.

—Yo tenía cinco años, mi madre, mi padre y yo, vivíamos en una casucha de dos plantas. Mi padre, era un simple mecánico y mamá no tenía trabajo, era ama de casa. Quedó en estado de... Joe, así se llamaba mi hermano. En vez de ser una alegría para ambos, fue un problema, mi padre estaba que se arrancaba el pelo y mi madre lloraba, decía que un hijo era una bendición, pero no era buen momento para traer al mundo, un segundo hijo. Sin embargo, ya no se podía hacer nada. Mamá tuvo a Joe, y yo estaba contento de ser el hermano mayor...

Así que, molestaba a mamá para que me dejara cuidar a Joe, mi mamá no me decía que no, al contrario, me decía que siempre protegiera al pequeño Joe... (Hal comenzó a llorar, pero no se detuvo, quise correr hacia él para consolarlo pero me quedé quieta escuchando) Mamá un día, tuvo que salir de noche, el coche de mi padre, sufrió una avería casi a una hora de distancia de nuestra casa, y no tenía como regresar, así que mamá se fue con su coche y me dejó a cargo de Joe. Yo estaba asustado, jamás había estado solo con él, siempre estaba mamá o papá al lado, incluso amigas de mamá. Recuerdo esa noche... Llovía a cántaros, mamá se agachó a mi altura, su mirada era de angustia, me dijo que, por favor, fuese un buen hermano mayor y mirara a Joe a cada rato, que era muy chiquito. Que lo dejaría boca arriba, pero que, si comenzaba a echar leche, que lo pusiera de ladito y le golpeará muy despacio la espalda, pero que no lo sacara de su cuna, al menos que sucediera un accidente o algo grave. Yo no entendí muy bien qué quiso decir con eso, así que le pregunté, si se refería a un incendio o un terremoto, eso es lo único que se me ocurría. Mi mamá me miró con ojos de dolor y me dijo que sí, que si sucedía algo así sacara a Joe de su cunita, luego se fue. El tiempo comenzó a pasar, pero me parecía una eternidad, yo... yo no me moví, estuve todo el tiempo con Joe, él estaba tan tranquilo durmiendo. Podía ver como su pecho subía y bajaba, pero... había algo raro, sus labios estaban poniéndose azul... (Hal comenzó a temblar y corrí hacia él)

— ¡Hal...! —Me detuvo con la mano, se secó las lágrimas y siguió.

—Sabía que eso no era normal, no sé cómo, pero lo sabía, así que pensé... que estaba echando leche. Lo puse de lado y

le golpeé suavemente la espalda, pero, Joe... no echaba nada por su boquita, él no... no abría los ojos, y su pecho se movía lentamente. Desesperado, lo saqué de la cuna con mucho cuidado... (Hal comenzó a llorar y su voz se cortó)

—Él, no abría los ojos... su cara estaba muy blanca, y ya no... su pecho no subía y bajaba..., pegué mi cara a su cabecita y lo sentí frío. Salí corriendo con él en brazos hacia la puerta de la casa, la abrí, hacía mucho frío y comencé a gritar por ayuda... mi mamá apareció junto a mi papá, estaban mojados de pies a cabeza. Mamá me miró, no sé si lloraba o era el agua de la lluvia, soltó bruscamente unas bolsas y me quitó a Joe de los brazos... y comenzó a llorar, papá la abrazó por la espalda, y me dejaron atrás...

— ¡Oh! Hal, eso no fue culpa tuya —dije y lo abracé. Su llanto se intensificó, y me abrazó con fuerza.

El tiempo se detuvo, la cocina olía a café. Una vez más perdí la noción, no sabía que hora era, tomé por la mano a Hal y lo senté en uno de los banquitos, apagué la cafetera eléctrica, y serví dos tazas. No me había dado cuenta de que Hal, había bajado dos tazas, las llene le puse a cada una dos cubitos de azúcar, no le pregunté cómo lo tomaba, pero sabía que necesitaría la energía del azúcar, estaba pálido.

Su mirada estaba vacía de vida, me estremecí, puse la taza delante de él, no la tomó. Me senté a su lado.

—Hal, escúchame, no fue tu culpa, tenías solo cinco años e hiciste todo lo que pudiste, no es tu culpa. Para empezar tus padres..., sobre todo tu madre, ella no debió de... —no podía imaginar como la Señora Parker, pudo haber hecho algo así dejar a su hijo pequeño a cargo de un bebé de dos meses de vida, era una tremenda irresponsabilidad.

—Mamá me dijo que Joe estaba enfermo, que no fue mi culpa, pero eso me lo dijo cuando yo cumplí quince años.

Sentí alivio por ese dato, no tendría que sentirse mal, pero aún así no entendía porqué seguía culpándose por algo que no fue su culpa, aunque Joe no hubiese estado enfermo. Hal, no le hizo nada, no lo dañó, hizo todo lo que pudo para ayudarlo..., eso no tenía sentido, por un momento pensé que la historia sería distinta que tal vez a Hal, se le cayó el pequeño Joe... pero no fue así.

—No entiendo entonces, ¿por qué...? —Hal me interrumpió.

Levantándose bruscamente, haciendo que se cayera el banquito, caminó hacia la cafetera, se volvió y me miró, lleno de dolor y rabia.

— Mi madre, dejó que durante diez años yo, me culpara por la muerte de Joe, ella..., —Hal, se tiró del cabello— no se detuvo a pensar, que un niño de cinco años presencié la muerte de su hermanito. ¡Esos diez putos años, no dijo nada, solo se encerró en su mundo, en su pérdida y dejó que yo me culpara y lo creí, lo peor es que lo creí diez años! ¡Hoy aún a mis veintitrés años, tengo terribles pesadillas, donde siento que fue mi culpa, después de esperar diez años para decirme que murió por enfermedad! Yo no sabía cuál era la verdad..., aún no estoy seguro, y tengo que vivir, cada día de mi puta vida con ese dolor... ¡Soy un asesino!

Me levanté rápidamente, sin correr esta vez hacia Hal.

— ¡No! —Grité, luego, bajé la voz y le dije; no lo eres Hal, ¿es que no te das cuenta?, que, aunque Joe no hubiese muerto por enfermedad, solo por un atragantamiento tú, no podías hacer nada. Hiciste lo que te enseñaron y aún así, tu hermano murió, ¡por amor de Dios, eras solo un niño indefenso, tu madre fue una tremenda irresponsable, no tú Hal!

—Papá, no piensa lo mismo... —dijo casi en un susurro.

Abrí los ojos como platos.

— ¿Por qué? —dije atónita.

—Después que Joe murió, papá comenzó a emborracharse todos los putos días. En mi sexto, cumpleaños, me llevó con él a un bar y se puso como una cuba, a los del bar les daba igual o no ver a un crío ahí, todo estaba bien; sabía que papá estaba bebiendo por el dolor de la muerte de Joe. Lo dejé tranquilo, sin molestarlo me senté en una mesa, una de las mesoneras me trajo sin que papá o yo le pidiera nada un refresco con una hamburguesa y patatas fritas. Comí en silencio, las horas pasaron lentamente, era aburrido estar ahí viendo como papá casi perdía el conocimiento. Recuerdo que me daba mucho miedo que se le ocurriera conducir así, antes lo había hecho y una de esas veces estuve con él, me asusté mucho cuando se puso como una cuba, yo me había quedado dormido en la mesa y escuché las peores palabras que escucharé en mi vida. Él gritó... ¡Hal, despierta, pequeño asesino!

Mis ojos se llenaron de lágrimas — ¡Oh por Dios! —Solté, mirando a Hal, que tenía la vista perdida y apretaba los puños tanto, que los nudillos se le pusieron blancos.

—Al principio, pensé que lo había soñado, pero papá me levantó de un tirón por el cuello de mi camiseta, me zarandó y me gritó a la cara, “asesino”. Sé, que después de eso, unos hombres sacaron a papá del bar ya que casi me golpea, la camarera me llevó a la cocina y llamaron a mi madre, pero nadie dijo nada, ella solo me llevó a casa y ahí comenzó mi pesadilla. Yo me sentía culpable desde antes, pero oír a mi padre, llamarme asesino, me destrozó. Mi padre al día siguiente no dijo nada, de igual manera, desde la muerte de Joe no me había dirigido la palabra.

Pasó el tiempo, casi un año después, se fue de casa, mamá la vendió, el dinero le pertenecía a ella, pues era una herencia de su familia. Fuimos a vivir con mi abuela materna. Era una mujer muy estricta, así que, en su casa, estaba como un soldado siguiendo órdenes. Mi abuela, me matriculó en el mejor colegio de la zona, era de puros varones, estuve hasta los catorce años allí. Por fin entre en High School, un colegio mixto, y rompí las reglas de mi abuela. Ella, se cansó de mí rápidamente y le dijo a mi mamá que no me quería más en su casa. Mamá todos esos años, había trabajado ahorrando y logró por medio de amigas y conocidos crear su empresa de diseño de interiores, así que nos mudamos a un pequeño apartamento, al menos no era la casucha que heredó de su familia, que parecía más un establo que una casa. Cambié de colegio y busqué empleo, mamá ganaba bastante dinero, así que no duramos ni un año en el pequeño apartamento alquilado. Al cumplir los dieciséis años de edad, nos mudamos a una casa que compró, en una zona de clase media. Mamá casi nunca estaba en casa, así que yo tampoco, nuestra relación era fría, ni siquiera comíamos juntos. En casa de su madre, nunca la veía, ya que llegaba a altas horas de la noche, en el apartamento la evitaba, pero tampoco era que estuviese mucho y en esta nueva casa, sencillamente, nunca estaba. Con todo el dinero ahorrado de mis distintos trabajos: fui mesonero, le metía mano a la mecánica, arreglaba una que otra computadora..., decidí largarme, total ya casi cumplía los diecisiete. Me fui con unos amigos, compartimos un apartamento, siete tíos y yo. El primer año viviendo solo, mamá comenzó a mandarme dinero en una cuenta a mi nombre, la ignoré, pero de mala gana acepté el dinero, solo para poder entrar en la universidad, no quería ser un pobre diablo como mi padre. A los dieciocho, dejé el apartamento de mis amigos, se metieron en drogas, y eso no me molaba, no era lo mío, siendo mayor de edad, busqué un apartamento cerca de la universidad, era el lugar ideal para mí. Comencé la universidad a los dieciocho, seguí trabajando hasta que un día llegó una carta de mi madre, a la universidad. — Hal, se frotó los ojos y continuó—. Me hizo saber que estaba embarazada de gemelos, que estaba comprometida con Jim, me pidió disculpas por no habérmelo contado antes. Lo conoció cuando yo tenía dieciséis años; en su carta decía que Jim le había cambiado la vida y me rogó, que me fuese a vivir con ellos, que quería compensarme por todos los años, que no pudo

verme crecer. Que no se daba por vencida y que quería tratar de reconstruir todo, que le dolía mucho que su hijo adolescente, la alejara así de su vida.

Hal, agarró la taza que tenía delante de él y la lanzó con rabia al suelo, me sobresalté a pesar de estar de pie del otro lado de la isla.

—¿Ella, de verdad creía, que podría simplemente estar diez años, dejándome creer que era un asesino y a los quince decirme que no lo era, y que con eso se iría de rositas? ¿Ahora la Señora Karen, que estaba felizmente casada y con hijos nuevos, creía que podía construir algo, que jamás existió? —su pecho subía y bajaba, aceleradamente, luego alzando la voz dijo— ¡No existió nada, no creo que antes de la muerte de Joe, yo le hubiese importado!

Nos quedamos sin decir nada, hasta que recordé que los peques estaban en casa y me sorprendí al ver que con todo el ruido no hubiesen bajado, tenía que subir a ver como estaban, pero no quería dejar solo a Hal.

—Escucha hagamos esto por favor, ve a mi universidad, te daré la llave de mi habitación, espérame allí. Iré por la mañana, por favor te lo pido Hal.

# Capítulo 10

Me miró con el ceño fruncido.

— ¿Por qué?, no entiendo —dijo.

Suspiré y le dije...

—Porque sé que necesitas salir de aquí, si quieres hablaremos allí, tengo muchas cosas que decirte (y preguntarte pensé) y sé que no te hace ningún bien estar aquí... y, yo no quiero que sufras más, confía en mí, por favor..., al menos esta única vez. —Para mi sorpresa, asintió con la cabeza, busqué mis llaves en el bolso de la habitación de invitados y se las entregué, lo acompañé a su coche, le di un abrazo y un leve beso en los labios.

Al ver como se alejaba, me pregunté, ¿por qué vino la vez que nos conocimos en casa de los Parker, si no quería tener nada que ver con su madre? Esa pregunta tenía que hacérsela cuando amaneciera, sin perder tiempo llamé a la Señora Karen. Repentinamente, sentí odio por esa mujer, que parecía que no podía ni matar una mosca. Le dejé un mensaje de voz, ya que me salió el buzón de mensaje, pensé que era más ético llamarla, y no enviarle un mensaje de texto. Le dejé dicho en el mensaje de voz, que me excusaba por una emergencia familiar. Veinte minutos más tarde, me llamó, le expliqué y me dijo que lo sentía mucho por mi contratiempo, que si necesitaba ayuda. La rechacé lo más educadamente posible, le hice ver que aún no sabía muy bien de que se trataba mi problema familiar, fue comprensiva, me dijo que ella podía regresar a casa, a las diez de la mañana. El tiempo se me hizo eterno y no pude dormir, me dediqué a los peques, que, por suerte, no escucharon nada de lo que sucedió en la madrugada con Hal. Di gracias a Dios, que eran paredes gruesas, o tal vez simplemente los peques tenían el sueño pesado. Les di de desayunar como a las ocho de la mañana, pues me costó hacer que se levantaran, sus padres los dejaban dormir en fin de semana hasta las diez de la mañana, pero yo necesitaba dejarlos desayunados.

Cuando Karen llegó. Sí, en mi mente ya, no podía nombrarla como “*la señora*”, sencillamente perdí respeto hacia ella, claro que, de toda manera solo era en mi mente. Seguía tratándola educadamente al dirigirme a ella, puse mi mejor cara para no demostrarle lo mucho que me molestaba saber de su pasado con su hijo, con mi chico perfecto, que estaba roto por culpa de su progenitora. Llegó a las 10:40 a.m., saludó a los peques con abrazos y besos y le dio a cada uno una cajita de regalo, los peques dieron las gracias y abrieron las cajitas con mucha emoción. En cada caja había unos yoyos brillantes con las iniciales NY, supuse que era Nueva York, los peques dijeron casi al mismo tiempo, gracias y se

fueron corriendo. Estaban muy bien educados. Al verlos correr, su madre les sonrió y les dijo que no corrieran, al mirar esa escena, no pude evitar ver al pequeño Hal, de cinco años, destruido por... ¡No!, sacudí ese pensamiento y me concentré en irme de casa de los Parker.

—Aquí tienes querida Elena —dijo entregándome un sobre blanco, era mi pago por el viernes por la noche y parte de la mañana del día de hoy. No lo abrí, era descortés ya que, sabía que me pagarían bien, como siempre.

Le di las gracias y cuando, ya con todo en mano me dirigí a la puerta, donde me esperaba pacientemente un taxi, que ya, había pagado Karen, me dijo...

—Espera Elena —dijo corriendo hasta mí, que estaba parada en la puerta principal de la casa.

—Sí, dígame, Señora Parker.

— ¡Oh!, por favor, sabes que me puedes decir Karen, incluso solo Karen, sin el “*señora*”, si lo deseas —dijo sonriéndome con ternura. Tuve que desviar la mirada unos segundos.

—Déjame llevarte a la universidad, deseo hablar algo contigo —dijo, mirándome con preocupación.

Estoy segura que se me cayó la mandíbula al suelo...

—Pero, Señora Park... Karen, yo..., los peques, perdón los niños —dije, era la costumbre referirme a ellos como los peques, les decía así por cariño, pero nunca usaba ese apelativo cariñoso en frente de sus padres, porque pensaba que, como hay padres que son muy quisquillosos, podrían pensar que les decía peques, por su estatura o algo así.

—No, tranquila descuida, yo puedo llamar a una niñera, a la Señora Rachel, ella vendría de inmediato, no solo es niñera, también cocinera —dijo sonriendo cálidamente.

—Yo... —balbuceé, me quedé mirándola, tratando de saber el por qué, tan repentino de sus ganas de llevarme a la universidad.

Suspiró, jamás la había visto así, tan desesperada...

—Se, que... Hal estuvo aquí Elena, y quiero hablarlo contigo, si no quieres que te lleve, al menos quédate un rato, yo le pagaré al taxista, por tomarse la molestia de venir e irse sin su pasajero y te pago el próximo taxi o si me dejas, te llevo yo. Aunque hablemos aquí, y no quieras que te lleve, Rachel vendrá para echarme una mano con los peques, como les llamas tú, con cariño —dijo sonriéndome afectivamente.

Me llevé la mano a la boca, por la sorpresa de su confesión, respecto a Hal. Solo me quedó asentir con la cabeza, tenía mucha curiosidad por saber, que pensaba ella sobre que Hal, venga a su casa, y lo más importante, ¿cómo lo sabía?

Diez minutos después, estábamos en la sala de estar sentadas en medio del sofá, muy cerca una de la otra para alimentar

mi creciente incomodidad. Mientras, se alisaba el vestido de flores, perfectamente planchado y a su vez me ofrecía unas galletas, que tenía junto a dos tacitas de café en la bandeja de plata; había una jarra con leche caliente, crema, y cubitos de azúcar dispuestos para ponerles al café. Le di las gracias y le envié un rápido mensaje de texto a Hal...

—Hola, pronto estaré allí, llegaré como a las doce del medio día, cuando llegue, te explico, espero verte pronto. Gracias por haber ido.

Karen cogió una taza, le puso leche, crema, dos cubitos de azúcar y lo mezcló todo con una cucharilla de plata. Tomó un pequeño sorbo, dejó la taza de vuelta al plato y noté como le tembló la mano, estaba nerviosa, era más que evidente.

Suspiró...

—Se que te preguntas como me enteré que mi hijo Hal, estuvo aquí, y no solo hoy.

—Sí, la verdad, sí me lo pregunto —dije tratando de sonar calmada.

—Tenemos cámaras de seguridad.

Ahogué un grito, ¡oh! Por Dios, si..., no, entonces, ella, nos vio.

—Descuida Elena, dijo acercando su mano a mi hombro, pero yo me aparté, alejándome al extremo del sofá, me miró con dolor en sus ojos grises.

—Las cámaras solo están afuera, no hay cámaras dentro de la casa, aunque Jim las quiere instalar, sé que te preguntarás si desde que trabajas para nosotros, ha habido cámaras de seguridad, y la respuesta es no, solo afuera de la casa —dijo mirándome sin apartar sus ojos de mi cara de terror.

—Pero..., cámaras, ¿se refiere al frente de la casa, o por todos los lugares, de fuera de la casa? —La voz me tembló, si es así, habrían visto cuando Hal y yo, nos besamos en su coche y en la piscina estando él, tan solo vistiendo un bóxer, ¡oh mí Dios!

Me sonrió comprensivamente.

—Descuida, no te avergüences. Sé que no quieres que te diga, lo que estas pensando. Efectivamente Jim, y yo, os vimos —se detuvo buscando la palabra correcta, yo sentía que moría lentamente de vergüenza—. Cuando mi hijo y tú, os besasteis, la primera noche que Hal, pisó esta casa. Pero, por favor, no te pongas nerviosa Elena, no es un crimen, no hicieron nada incorrecto —dijo sonriéndome tratando de quitarle hierro al asunto.

— ¡Pero, usted no entiende la vergüenza, entonces, en la piscina...!

— ¡Ah, eso!, no te preocupes Elena, sé que creerás que Jim y yo, podríamos pensar mal de ti, pero sabemos que eres muy educada y correcta y que no dejarías que mis hijos pequeños, presenciaran una escena, no apta para niños —dijo calmadamente, sin siquiera avergonzarse por sus palabras.

—Yo..., no me respondió vio el beso que Hal, me dio, en... bó... —dije.

No podía decir la palabra bóxer. La noche que sacó mi pulsera del fondo de la piscina, me besó con solo un ajustado bóxer negro, ese pensamiento hizo que me pusiera, todavía más sonrojada.

Karen soltó una risita al entender lo que estaba tratando de decirle.

—No, eso no lo vimos, pero si vimos —dijo poniéndose muy seria.

¡Ay, Dios! ¿Que habrá visto?, que yo sepa, todo lo demás pasó en la cocina, en el sofá, en este sofá, y en el baño de mi habitación, sé que no se me está escapando nada más.

—Vimos como te ahogabas, y como Hal, te salvó dos veces —dijo mirándome con tristeza.

Suspiré...

—Sí, esto..., pues yo pensé, que era mejor no decírselo a ninguno de ustedes. La verdad, no quería comprometer a Hal, de su presencia aquí. Supuse que lo correcto era que él, se lo contara... —dije.

Pensé que era ridículo mi comportamiento, ya que como buena niñera que soy, debía informarles a los padres de los niños a los que cuido, sobre gente entrando a su casa. Aunque la verdad, no sé todavía, si hice bien o hice mal en ocultárselo.

# Capítulo 11

—Elena, hija, no sigas preocupándote, entiendo perfectamente tus razones, ni Jim ni yo, te juzgamos por nada de lo que haya pasado entre Hal, y tú —tomó un sorbo de café y continuó—, lo importante ahora es, si estás bien y..., ¿cómo está mi Hal?

— Con todos mis respetos, Señora Karen, como le dije anteriormente, hable usted con Hal, yo no quiero comprometerme más de lo que ya estoy, le pido disculpas por mi comportamiento, no debí de haber besado a su hijo en su casa —dije sonrojándome, luego seguí—. De verdad que lo lamento y entenderé si no me quieren más como su niñera, sé que me ha dicho que no me juzgan, ni usted, ni él Señor Parker. Pero de igual manera, estuve fuera de lugar. Su hijo es un..., amigo, al que respeto mucho y creo que yo no tengo derecho, de hablar sobre él, menos, si no está presente para intervenir... Estoy segura, que a él no le haría ninguna gracia.

—Elena, lo entiendo perfectamente, y no querida, no tienes que dejar el trabajo. Como te he dicho, no has hecho nada malo, pero si deseas dejar el trabajo, con todo el dolor, Jim y yo, respetaremos lo que decidas. Pero por favor, no tomes una decisión apresurada por una equivocación, nosotros no estamos prescindiendo de tu servicio como niñera —dijo regalándome una sonrisa, con ojos de tristeza.

Suspiré...

—No lo sé, tengo que pensarlo, ya se me está haciendo tarde, y con respecto a Hal, lo único que le puedo decir, es que tiene que hablar usted con él, Señora Karen. Lamento tener que decirle eso, se que esperaba más de mí, pero yo no soy quién para hablarle de su hijo.

—Elena, si eres alguien, no sé que son ustedes dos, pero sé que eres alguien importante en su vida, lo siento aquí —dijo, llevándose una mano al corazón—. Por favor, si lo ves hoy, dile que me escriba, solo dile eso, gracias —se levantó y se quedó mirándome, esperando mi respuesta.

—Sí, por supuesto yo le digo, dije dirigiéndome a la entrada principal.

—¿Seguro qué no quieres que te lleve? —preguntó una vez más.

Me volví hacia ella.

—No gracias, esperaré al taxi, por favor despídame de los peques —dije sonriéndole, sin que la sonrisa me llegara a los ojos, ella lo notó y creí ver como se le aguaron los ojos, antes de darse la vuelta hacia las escaleras.

Llegué a la universidad, casi al medio día.

Entré en mi habitación, pero Hal no estaba. Suspiré, tenía que suponerlo, no iba a quedarse todo el tiempo ya que ni se molestó en responderme el mensaje que le envíe diciéndole que llegaría al medio día. Sin embargo, se me había pasado por alto, un bolso al pie de mi cama, me acerqué deprisa, me agaché y lo examiné por fuera, esto no podía ser de Lucy. Sonrei. Era de Hal, sí, tenía que serlo, me levanté, me senté en mi cama y lo llamé al celular.

—Hola, ya voy a la habitación, fui por comida, supuse que tendrías hambre, espero que te gusté el sushi y que no seas alérgica —dijo del otro lado de la línea, su voz estaba calmada.

—Hola, no para nada soy alérgica, amo el sushi, y sí, estoy famélica —dije soltando una risita.

—Bien, nos vemos en diez minutos —dijo y colgó, su voz seguía igual, aunque noté que estaba algo nervioso.

Al mencionar la comida mi estómago sonó, no había desayunado, es más, ni cené anoche. Hal, apareció minutos después, con dos bolsas de comida. Me dio un beso rápido en los labios y comimos en silencio, un silencio cómodo, ya que ambos teníamos hambre. Realmente lo único que intercambiamos en la comida, fue algún que otro, *“me gusta, esto esta delicioso, ¡wow! me moría de hambre”*.

Al terminar de comer, no dejamos nada, quedamos satisfechos. Hal, metió los envases vacíos en las bolsas, se limpió la boca con una servilleta y tomó un sorbo de su limonada, yo, lo copié.

—Viste a mi madre... —Soltó de pronto, en tono nervioso.

Asentí con la cabeza.

—Sí, claro, tenía que recibirla a ella, o al Señor Parker. Pero sabía que era ella quién iría, siempre es ella, creo que son contadas las veces, que el señor Jim, se ocupa si ella no puede.

—Ya veo... —Dijo Hal, levantándose de mi cama, yo estaba sentada en la silla del escritorio.

—Me... me pidió que te dijera que le escribas, por favor —dije esperando su reacción.

Exhaló...

—Lo imaginé, supongo que sabe que estuve allí, las dos veces, ¿verdad? —dijo con las bolsas en su mano.

—Sí, me dijo que..., tienen cámaras, eso fue bastante incómodo —dije metiendo mi cara entre mis manos.

Hal, soltó las bolsas y me colocó las manos en los hombros e hizo que la silla se girara hacia él.

—Nena, no te preocupes por eso, no me importa lo que ella piense..., o su esposo —dijo molesto, pero regalándome una mirada de ternura.

—No, no, yo no dije que ella... —Suspiré—..., no están molestos conmigo, pero fue vergonzoso saber lo de las cámaras, gracias a Dios, nunca hicimos nada vergonzoso, ya sabes... hasta ahora.

Hal, alzó una ceja, y dijo:

—Algo vergonzoso te refieres a, por ejemplo a..., — Se tocó los labios con un dedo, y puso una expresión divertida— ¿sacarte un moco a solas, sin saber que te estaban grabando? —Seguidamente, se desternilló de risa, por su ocurrencia de mal gusto.

— ¡Hal! —Dije levantándome y dándole un leve codazo en las costillas.

—No, soy una cochina, para hacer eso públicamente —dije poniéndome roja como un tomate.

Él, se volvió a reír y me contagió con su risa.

—Pero, si..., nos vieron besándonos..., al menos, el beso que te di en tu coche —dije tapándome la boca y bajando la vista.

—Nena, no importa —dijo quitándome la mano de la boca, y sujetándome por la cintura.

—Mira, voy a deshacerme de la basura e iré a cepillarme los dientes y si quieres, vemos una peli, ¿te parece? —Dijo sonriéndome algo nervioso.

—Sí, lo mismo haré yo, iré a cepillarme los dientes, una peli suena bien —le sonreí algo nerviosa también. Luego, sacó de su bolso un neceser de color negro, me sonrió una vez más y se fue.

Minutos después Hal, entró a la habitación, con una bolsa, la cual vació en mi cama, chucherías, dulce y salada, me causó gracia ya que yo no podía comer más nada, él en cambio abrió una bolsa de palomitas con queso en polvo.

—Eso te dejará los dedos rojos —dije, riéndome.

Me miró de reojo y dijo:

— ¡Ah!, sí, me los chupo y ya está —dijo riéndose

Me uní a él con la risa, y me puse a buscar una película, pero tenía las mismas tres de la vez pasada, las cuales no vimos, estaba, *El Conjuro 1*, súper terrorífica, *Amigos con beneficios*, del año 2011, y *Piratas del Caribe 1* ninguna de ellas las había visto.

— ¿Qué te gustaría ver?, está la de terror, —dije arrugando la nariz—, una comedia romántica, y una de aventuras.

— ¿Cómo se llama la comedia romántica? —preguntó sentándose en el borde de la cama.

—*Amigos con beneficios*, del 2011.

— ¡Ah!, me suena, y ¿cuál es la de aventura?

—*Piratas del Caribe 1* —dije sonriendo— Lo sé, lo sé, todo el mundo la ha visto, pero nunca tuve la oportunidad de verla.

Hal, me sonrió.

—Es excelente, ¿cuál quieres ver tú? —dijo mirándome fijamente.

—Como ya has visto dos de las tres, pues veamos la que te falta, *Amigos con beneficios*, ¿te parece? —dije sentándome en la silla del escritorio.

—De acuerdo, pero después, quiero que veas, *El Conjuro* —dijo sonriendo con picardía.

Me estremecí, estoy segura de que se acordó de la vez que intentamos verla, y terminamos besándonos, y él momento se tornó caliente.

Asentí con la cabeza, me dispuse a buscar la película y a prepararlo todo para verla. Hal, en esta ocasión, agarró una de mis almohadas y la apoyó en la pared, usándola como respaldo ya que la pared aparte de dura, estaba fría. Se sacó las botas marrones que llevaba antes de acomodarse. Me levanté, y le di reproductor, tomé la otra almohada e hice lo

mismo que él, sentándome a su lado, en medio de los dos, estaban las chucherías. La película resultó ser divertida y con momentos eróticos, pero graciosos. Nos la pasamos el tiempo riendo y comentando la película. Pensé por un momento que las escenas de sexo o de besos, me pondrían nerviosa, pero me sentía muy cómoda con Hal. Era la primera vez en mi vida, que veía una película así con un chico, me refiero a un amigo hombre, o con alguien que me gustara. Lucy y yo, veíamos juntas comedias románticas y cuando había escenas de sexo, soltábamos risitas y ella, comentarios subidos de tono, bueno ambas, no soy una santa. Nos destornillábamos de risa y criticábamos las escenas románticas.

# Capítulo 12

Al finalizar la película Hal, se había comido casi la mitad de las chucherías, yo apenas logré comer unas cuantas gomitas dulces de ositos.

—Me gustó, no esperaba que fuese buena —dijo metiendo el resto de las chucherías en la bolsa, mientras yo tiraba los envoltorios vacíos en la papelería de la habitación.

—¿Por qué? — Pregunté, tenía curiosidad.

—Bueno, el rollo de amigos con derecho, nunca termina bien —dijo encogiéndose de hombros.

Encarné una ceja.

—Nosotros..., somos prácticamente amigos con derecho —solté sin pensar.

Se le notaba incómodo, o eso creí.

—Pues... no sé, es decir, me siento bien contigo, siento que encajamos de alguna manera. Mientras me sienta bien, perfecto—dijo levantándose y agachándose en frente de su bolso.

—¿Mientras te sientas bien?, eso, ¿qué significa? —Dije contrariada.

Hal, suspiró, se levantó y me miró.

—Elena, no lo sé... Mira, me siento bien contigo, pero sabes que mi vida no ha sido sencilla, estoy acostumbrado a

estar solo y cuando quiero enrollarme con alguna chica, es solo eso, ir al asunto y ya.

Abrí la boca y dejé caer los brazos a los lados, ni cuenta me había dado de que los había cruzado en mi pecho. Hal, me miró con tanta tranquilidad, que me dolió, casi parecía..., indiferente.

Se rascó la frente con la mano y dijo...

—Lo siento, si sonó frío lo que dije, necesito... adaptarme a esto —dijo estirando los brazos.

— ¿Necesitas que te de tiempo, espacio? —Pregunté mecánicamente, esta vez adoptando su expresión de zombi.

— ¿Qué?, ¡no, no! — Acortó la distancia, plantándose frente a mí.

Fruncí el ceño.

— Entonces, ¿qué quieres?, no entiendo —Solté dando un paso hacia atrás, sin quererlo.

Hal, suspiró y se pasó la mano por el cabello.

—Que te quedes conmigo, pero no te frustres, no trates de ponerle nombre a lo que somos, ya sabes, algo como lo que acabamos de ver (dijo obviamente refiriéndose a la película, que acabábamos de ver) ...nada de eso, solo tú y yo — ¿Te parece?, sonrió nervioso.

Aliviada le respondí:

—Ok, no le pondré nombre, viviré contigo el momento y ya está.

Me sonrió también aliviado, me besó y luego, me abrazó. Nos quedamos unos segundos así. Más tarde, me dijo que iría una vez más a cepillarse los dientes y lavarse las manos.

Al regresar, decidimos ver "*El Conjuero*", en la misma posición en la que vimos, la comedia romántica, pegados a la pared con las almohadas.

Casi en toda la película, escondí mi cara en el pecho de Hal, a los treinta minutos de la misma, me subí encima de su regazo, no me dejó bajarme, abrió las piernas y me senté entre ellas. Cuando al fin terminó, Hal, tenía sus brazos alrededor de mi cintura con sus manos cerradas en mi vientre.

— ¿Qué te pareció? —Dijo satisfecho. Sabía que estaba sonriendo, aunque le estaba dando la espalda.

Me di la vuelta y me senté a horcajadas sobre él, que me miraba con la boca levemente abierta. Su vista iba de mis ojos, a mi boca, no dijimos nada, nuestras miradas, hablaban por sí solas. Nuestros cuerpos; el calor del suyo, sus manos en mis caderas, su olor. Hal, olía a loción después de afeitarse más otra fragancia, masculina... Su aliento a hierbabuena, la electricidad se sentía en el aire, si es que se le podía llamar así, era mágico sentirse así de bien. Sin pensar en nada más lo besé, mi boca fue por la suya en sincronización con los latidos de mi corazón. Mi cuerpo tomó el control, mi mente se desconectó, solo dejé que el deseo y las sensaciones fluyeran. Podía sentir cada detalle, olor, sonido. Jamás he probado drogas, nunca tuve alucinaciones, y en mi vida, había sentido algo como lo que sentía cuando tocaba a Hal. La atracción era impresionante, o tal vez, estaba enamorándome de él. Fuese lo que fuese, no quería pensar en nada, solo disfrutar de las sensaciones, no darle paso al dolor, a la duda, al... “¿Qué pasará después?” Por primera vez en mi vida, no sentía dolor ni miedo, ni algo negativo, solo paz, deseo...

El tiempo se había detenido, eso me causó gracia. Así que... ¡Sí, se podía detener el tiempo después de todo!

Dejé de besarlo, lo miré a los ojos y levanté mis brazos. No había necesidad de hablar, me subió la blusa, sacándola por la cabeza, dejándome con un sencillo sujetador negro de encaje. Su aliento cálido se deslizó por mi clavícula, sus manos me sujetaban por las caderas, mi boca exploró su cuello, dándole besos y pequeños mordiscos con mis dientes, alternándolos con mi lengua, haciendo que se estremeciera. Una de sus manos, viajó a mi espalda y me liberó de la lencería. Su jadeo, me incitó a seguir besándole el cuello, sujetándolo por la nuca, mi mano derecha bajando por su pecho dejándola enganchada en una de las trabillas de sus jeans. Su respiración estaba agitada, me recostó boca arriba en el colchón, me miró a los ojos intensamente. Su mirada descendió lentamente de mis ojos a mi boca, de mi boca a mi pecho, su mano derecha hizo el recorrido al mismo tiempo que sus ojos. Pasó sus dedos de mis labios a mi barbilla, como si estuviese tocando el pétalo de una rosa, bajo por mi cuello e hizo el recorrido, hasta detenerse encima de mi vientre, arrodillado entre mis piernas, se sacó la camisa por la cabeza, me alcé con los codos, me empujé hacia atrás y quedé sentada. Fui por el botón de sus jeans, lo abrí y me incliné para besarlo más abajo del ombligo. Hal, soltó un gruñido, me tumbó rápidamente encima del colchón y se subió encima de mí, haciendo que separara mis piernas con su rodilla. Me besó la boca con devoción, mis manos se aferraron a su espalda baja, me comencé a levantar con él sin dejar de besarnos, me tomó por la cintura y se levantó sin separar sus labios de los míos, sentí como sus manos, abrían mis jeans y me bajaban el cierre. Cuando me disponía a bajarme el pantalón por las piernas Hal, detuvo el beso y lo hizo él, agachándose bajándomelo y bajando él, en el proceso. Su aliento recorrió mis piernas, me estremecí. Ahora, estaba arrodillado, ya me había sacado los jeans y sus manos comenzaron a ascender de mis tobillos a mis pantorrillas, su boca besaba mis muslos, se detuvo en el derecho y se me erizó la piel. Sus manos se deslizaron hacia mi trasero, levantó la cara y me miró a los ojos, luego volvió a bajarla, su boca estaba muy cerca de mi zona íntima, sin dejar de sujetar mi trasero, deslizó la braga negra hacia abajo, su aliento ahora estaba encima de mi pubis, no pude evitar estremecerme. Dejé mis manos en sus hombros, me miró a los ojos e hizo algo que no me esperaba, abrazó a mis piernas y se alzó conmigo, sujetándome por el trasero, sus manos estaban en cada uno de mis glúteos, me sentó encima del escritorio. Por suerte no había nada en ese espacio donde me sentó, la laptop estaba casi en una esquina, apuntando hacia mi cama, la silla estaba apartada hacia la cama de Lucy, Hal aprovechó el espacio donde debía de estar la silla y se metió entre mis piernas, abriéndomelas, colocando sus manos en mis muslos desnudos y se posicionó entre ellos. Sus manos se fueron deslizando lentamente al centro de mis muslos muy cerca de mi zona íntima, jadeé en su cuello. Su boca, estaba en mi clavícula derecha e hizo un recorrido de besos hacia mis pechos, ya, estaba completamente desnuda. Se introdujo mi pecho en la boca y comenzó a succionar mi pezón unos segundos, sus manos subían y bajaban por cada costado de mi cuerpo, luego se quedaron en mis caderas, mientras su boca besaba y lamía mis pezones, alternando uno a cada rato. Hal, no paraba de arrancarme gemidos mientras succionaba y sentía el roce de sus dientes, lo tomé por las mejillas, enrosqué mis piernas en su torso, y lo besé desenfrenadamente. Soltó un gemido en mi boca, me bajé del escritorio, le susurré al oído, “*quitatelo*”, mientras mi mano derecha bajaba despacio de su ombligo a su entrepierna. Hal, se estremeció jadeando, se bajó rápidamente el pantalón quedando con un bóxer azul oscuro, muy ajustado, debido a la erección que tenía, lo empujé suavemente hacia mi cama e hice que se sentara en el borde, me agaché colocándome entre sus piernas. Hal, me miraba con las pupilas dilatadas y la boca levemente abierta, respirando agitadamente, lo miré a los ojos y puse ambas manos en su pecho. Le di un leve beso en la boca mientras bajaba las manos lentamente. Fui besando su cuello y mis manos se detuvieron en una impresionante y dura erección. Él, entendiendo mi mirada alzó las caderas y me ayudó a bajarle el bóxer completamente, se lo quité y lo arrojé en la cama sin apartar mis ojos de su miembro y notando mis mejillas arder. Lo miré a la cara, posé mis manos en sus piernas desnudas, lo observé con una pasión que no sabía que podía albergar, me sentía segura a pesar de tener mis mejillas encendidas, estaba segura, lo deseaba más que a nadie en el mundo. Mis manos cobraron vida por sí solas, se deslizaban y apretaban los muslos desnudos de Hal. Él me miraba a los ojos, eso me hizo desearlo aún más, ya que, aunque estaba totalmente desnuda en

frente de su persona, él mantenía sus ojos en los míos, no solo se concentraba en mi cuerpo, y eso hizo que siguiera moviendo las manos ahora hacia su miembro erecto. Mi boca recorrió una vez más su cuello y su pecho, mientras mi mano derecha subía y bajaba moviendo su miembro y mi mano izquierda, acariciaba su muslo izquierdo, escuché los jadeos y gemidos, cada vez más intensos de Hal, cuando bajé mi boca a su miembro, Hal, gimió al sentir mi aliento. Me estremeci y comencé a usar mis labios, no pasó ni dos minutos.

—Nena —dijo con la voz entrecortada.

Me tomó por la cintura y me alzó con gran facilidad, haciendo que quedara a ahorcadas de él, sonreí divertida mirándolo a la cara, él frunció el ceño.

—¿Qué te divierte, nena? —dijo hablando muy ronco.

—Ya estoy tomando la píldora —dije sonriendo y loca de contenta.

Hal, me besó y me tumbó boca arriba, sentí su miembro pegado a mi vientre. El beso, se volvió desenfrenado, y ambos comenzamos a respirar agitadamente. Una de sus manos estaba en mi cadera y la otra en mi pecho derecho, yo tenía mis piernas enroscadas en su cintura, y una mano tirando de su cabello, la otra en su espalda baja.

# Capítulo 13

—Nena, —dijo en mi boca—, voy a entrar despacio... dime si te duele y pararé.

Yo no era virgen, pero solo lo hice una vez.

Asentí con la cabeza, y le di un tierno beso en la nariz, Hal me miró con ternura y me besó suavemente, pero el beso volvió a subir de tono, bajó su mano derecha a su miembro, sentí su mano rozando mi zona íntima y gemí. Hal, gruñó en respuesta estaba para comérselo, me quedé mirando, como su cabeza estaba casi encima de mi pecho, mientras su mano sujetaba su miembro para colocarlo dentro de mí, no pude evitar subirle la cara entre mis manos y lo besé con ternura, luego lo mordí suavemente en el labio inferior Hal, gimió y sentí como introducía su miembro despacio, solté el aire que no sabía que estaba reteniendo. Hal siseó también, podía ver todo el esfuerzo que estaba haciendo por contenerse y no entrar bruscamente y hacerme daño, no pude evitar alzar las caderas.

—Nena, espera vamos a ir despacio... No quiero lastimarte... —Dijo con la voz entrecortada.

Pasé mis manos por sus glúteos y le besé el lóbulo izquierdo de la oreja.

— ¡Joder... nena!

—Vamos, no tengas miedo, no me estás haciendo daño —dije agarrando su cara y mirándolo a los ojos, le besé la punta de la nariz. Hal, me sonrió divertido y sentí como se estremeció, cuando comenzó a moverse, yo solté un gemido en respuesta. Continuó moviéndose, en un suave vaivén, no sentía dolor, cuando me puse analizar lo que sentía con los ojos cerrados. Hal, llevó su mano donde nuestros cuerpos se unían y empezó a acariciarme mientras se movía un poco más rápido. Eso hizo que estallara en placer, jamás en mi vida, había sentido algo así, yo nunca me había tocado y Ed, solo me hizo sentir nada más que dolor.

Gemí con todas mis fuerzas, dejándome llevar por el placer que había experimentado, Hal gruñó de placer.

— ¡Nena por Dios!, me estás... ¡Joder, eres increíble...! —Dijo jadeando moviéndose más rápido.

Yo seguía con los ojos cerrados, retorciéndome de placer, era la sensación más increíble del mundo, no creo que con palabras baste para explicarlo.

—Nena, abre los ojos, mírame —dijo y me besó la boca.

Abrí los ojos, y lo miré directo a los ojos, sus ojos estaban, ¡wow!

—Hal, eres increíble, no sabes..., cuanto —dije gimiendo una vez más, y mirándolo agregué—. Deja que me ponga arriba.

Me miró abriendo los ojos más, me sonrió jadeando, detuvo el vaivén, e hizo que giráramos, poniéndome encima de él.

Ambos nos reímos, luego lo besé con desespero, el soltó un gruñido gutural en mi boca, cuando repentinamente, aún con él dentro de mí, comencé a moverme a mi ritmo.

—Nena...yo...no... voy a durar mucho así —dijo tratando de mantener los ojos abiertos, me estaba clavando los dedos de sus manos en mis caderas, era un dolor soportable, agradable.

Dejé de moverme y puse ambas manos sobre su pecho, le sonreí y lo besé tiernamente.

—Toma tú el control, quiero que me hagas... haz que vea las estrellas —dije, enterrando mi cara en su cuello.

Sentí como se rió en mi cuello, y dijo entre jadeos...

—Claro que sí nena, eso es una orden divina para mí —acto seguido me tumbo boca arriba, con él encima, marcando una vez más el ritmo.

—Pero primero, voy hacer que te corras tú, nena hermosa.

Gemí en respuesta y lo besé con anhelo.

Se movió un poco más, y se detuvo, sin salir de mí, me besó el cuello y su mano derecha volvió al punto donde nuestros cuerpos se unían, comenzó a mover los dedos en círculo sobre mi hinchado clítoris, de pensar en la palabra me sonrojaba, repentinamente comencé a temblar.

—Nena, ¿estás bien?, ¿te estoy haciendo daño? —dijo deteniendo su asaltó, y acariciándome la mejilla con su otra mano.

Abrí los ojos que no sabía que había cerrado, lo miré, y estaba muy preocupado, eso me hizo soltar unas lágrimas, me odié en ese momento por ser así tan vulnerable.

—Lo siento, estoy muy bien —dije secándome las lágrimas.

— ¡Shhh! Nena, dime lo que sea, si quieres que me detenga lo haré —dijo hablando con la voz muy agitada, podía sentirlo dentro de mí, duro e incluso notaba como palpitaba, sabía que estaba muy cerca de terminar.

Le sobé la mejilla.

—Estoy bien, disculpa por llorar, es que me da emoción poder disfrutar esto por primera vez... Es como hacerlo de verdad, como si fuese hoy el día que estoy perdiendo la virginidad, pero siento que no la estoy perdiendo... que estoy más bien ganando algo... —dije tapándome los ojos con las manos, sin poder evitar sollozar, mi cuerpo se estremeció por el llanto.

—Nena... —dijo quitándome las manos.

—No sabes, lo adorable, tierna, inocente que eres.

Me besó una vez más, pero esta vez lentamente, todo se puso lento, sentí, aunque parecía una locura, sentí que me estaba haciendo el amor, que no era solo sexo... me estremecí, no solo de placer. Siguió con su mano en mí... zona, y vi estrellas. Tuve mi primer orgasmo, fue increíble, mi cuerpo se estremeció, mis caderas se alzaron.

Las lágrimas seguían saliendo, solo que ya no sollozaba, segundos después, sentí a Hal, como se venía dentro de mí. Su cuerpo tembló y gritó mi nombre, casi nos olvidamos que estábamos en la universidad, enterró su cara en mi cuello jadeando aceleradamente, sus brazos estaban sujetando su peso para no aplastarme. Hice que se relajara y dejé que cediera un poco sobre mi pecho, para poder abrazarlo, al principio me dijo que no, que no quería aplastarme, lo besé en el lóbulo izquierdo y aflojó su resistencia y cedió su peso encima de mí. Me miró a los ojos y me besó dulcemente en la boca, luego se acostó a mi lado y me abrazó por la cintura, apoyé mi cabeza a su pecho.

—Me alegro, de que hayas ido a casa de tu madre, esa noche. Sé que no es momento para decírtelo, no sé que buscabas esa noche, lo único es que... me alegro de que fueras y de poder conocerte.

—No buscaba nada material... estaba tratando de encontrarme ahí, de poder parar las pesadillas, de... tratar, de poder darle una oportunidad a los niños... de conocerlos.

— ¡Oh Hal! —Dije abrazándome a él— Lo harás, yo te ayudaré, si lo deseas.

—Lo sé, gracias. —Su voz era suave, me sorprendió, tomándome por la barbilla y me besó tiernamente, luego me volvió a pasar el brazo por la espalda y nos quedamos en silencio, hasta que sentí como se quedó dormido, luego me quedé dormida yo.

**FIN**